

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 479

BARCELONA

ENERO 1971

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL:

¿SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION?
Roberto Cayuela, S. I.

HOMILIA PRONUNCIADA POR S. S. PIO XI EN LA CANONIZACION SOLEMNE DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS

¿DOCTOR DE LA IGLESIA A LOS 24 AÑOS?
Francisco Canals Vidal

EXHORTACION APOSTOLICA DE PAULO VI A TODOS LOS OBISPOS A LOS CINCO AÑOS DE LA CONCLUSION DEL CONCILIO VATICANO II
LA DEFENSA DE LA FE EN LOS ALZAMIENTOS MACABAICOS. VERDADERO MOVIL DE ESTAS LUCHAS
Carlos Mas Xaxars Gassó

NOSTRE GRAN AMIC ES NAT Y ADORAT
M. M. Doménech

EL CREPUSCULO Y LA NOCHE - LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS
Antonio Pacios, M. S. C.

AL MEDIO SIGLO 1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA - LOS PISTOLETOS DE SARAJEVO. XXV
Luis Creus Vidal

EN LA ESCUELA DEL P. DR. LANDIS
¿DIVORCIO? ¿REFERENDUM?
Un Discípulo

LA PALABRA DE DIOS Y SUS EXIGENCIAS SOCIALES - CON LOS NIÑOS - CON LOS JOVENES - CON LOS ANCIANOS
Severino del Páramo, S. I.

¿ANTICLERICALISMO?
Victor Lahoz

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

¿SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS Doctor de la Iglesia y Patrona del Apostolado de la Oración?

La Santa Iglesia de Cristo, que se honra y se goza de tener por Madre a la "Bendita entre todas las mujeres", ha contemplado con maternal satisfacción el hecho admirable de que, a través de los siglos, el Espíritu Santo ha infundido con singular abundancia sus dones de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, no solamente en las almas de santos hijos suyos, varones eminentes, inspirándoles que derramasen profusamente la celestial doctrina de que Él les llenaba, sobre los campos del Padre de familias, para que a manera de benéfica lluvia los fertilizasen e hiciesen fecundos en frutos de vida y santidad cristiana; sino que esto mismo ha hecho el Espíritu Santo en almas de santas hijas de la Iglesia, mujeres privilegiadas, para que también ellas, instruidas y llenas, por la acción vivificante del mismo Divino Espíritu, de la sabiduría cristiana, que es la del Evangelio, la enseñasen a todos los fieles de Cristo, con el peculiar encanto de su humilde sencillez y de su delicadeza femenina.

Y grande ha sido el entusiasta regocijo de todos los buenos hijos de la Iglesia al ver que, en nuestros tiempos, ha proclamado Ella a dos de sus hijas predilectas, Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, como Doctores de toda la Iglesia, enalteciendo así los incomparables méritos de las enseñanzas de vida santa según el Evangelio, que nos han dejado en sus inmortales escritos.

Con este hecho providencial ha quedado abierta, como quien dice, la puerta del Doctorado de la Iglesia para otras mujeres excelsas, hijas santas de la Iglesia, que tengan parecidos méritos, de haber sido llenas de celestial doctrina, y de haberla consignado en sus escritos, con enseñanzas tan egregias, tan seguras y tan provechosas, que las hagan acreedoras a ser proclamadas por el Vicario de Cristo como Maestras y Doctores de todos los fieles de la Iglesia.

Pensando atentamente en todo esto, se ha animado "Cristiandad" a cooperar a la iniciativa de proponer que se preparen los caminos para que otra gran hija de la Iglesia, Santa Teresa del Niño Jesús, obtenga el mismo título que su insigne Madre, Santa Teresa de Ávila.

Con ello cree firmemente "Cristiandad" que sigue con toda fidelidad su lema y consigna de promover el Reino de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Ni podemos olvidar los que colaboramos en la Revista, y tuvimos la dicha de vivir en íntimo trato con el que fue su Fundador, y por varios años su certero guía y luminoso inspirador, el venerado y amadísimo P. Ramón Orlandis, S. I., que su devoción entrañable a Santa Teresa de Lisieux, y el profundo estudio de su vida y escritos, fue una de las características más señaladas de su espiritualidad y de su acción apostólica.

Sí; era de ver, y se mostraba como cosa notabilísima, que aquel eminente filósofo y teólogo; que dominaba a la perfección las lenguas latina, griega y hebrea; versadísimo en la Teología de la Historia; acudía continuamente a buscar inspiración, luz y acierto en los escritos de la "Petite Therese".

El articulista que ha sido invitado para ser como el portavoz, en CRISTIANDAD, de esta idea e iniciativa, tiene muy presente, y lo consigna con emocionado re-

uerdo, que muchas veces, al entrar en la habitación del Padre Orlandis, como lo hizo por varios años muy asiduamente, le sorprendía arrobado en extática contemplación, a la vez intelectual y sensible, como quien veía cerca de sí a Santa Teresita, y tenía con ella coloquios de afecto entrañable; de algunos de los cuales fui partícipe, con indecible edificación y gozo de mi alma.

Otras veces, mostrándome alguna página de los inimitables escritos de la Santa, me hacía ver, entusiasmado y asombrado, las geniales intuiciones con que ella descubría el profundo sentido de sus predilectas enseñanzas del Evangelio; y las expresaba con un candor humilde y sublime. "Es la gran Santa de la confianza", decía; y "Su doctrina es como de Doctor de la Iglesia".

¿No nos hizo con esto el gran Padre Orlandis, una invitación, y nos dio pie para lo que ahora intentamos se promueva?

Junto con esta iniciativa, se anima también "Cristiandad" a lanzar otra idea, que pensamos será más fácil de llevar a ejecución, y que por de pronto será recibida con agrado; a saber: que Santa Teresa del Niño Jesús sea declarada Patrona del Apostolado de la Oración.

Para lo uno y para lo otro creemos decididamente que tiene la Santa excepcionales y preclaros méritos.

Es lo que modestamente vamos a esbozar.

MERITOS DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS PARA SER PROCLAMADA DOCTOR DE LA IGLESIA

¿Qué procedimiento se puede adoptar para hacer patentes esos méritos; y así iniciar la aceptación y promoción de esta iniciativa?

Pensamos que se pueden seguir tres procedimientos.

El primero es recorrer con sereno estudio la Colección de los escritos de la que se llamaba a sí misma "la pequeña Teresa"; y después de presentar sus virtudes, proclamadas como heroicas por la Iglesia; y su santidad, reconocida y propuesta como ejemplar a todos los fieles de Cristo, en su Canonización; detenernos a ir viendo cómo sus enseñanzas, del todo conformes con su santa vida, son tan claras y excelsas; penetran tan profundamente la doctrina de Cristo, de sus Apóstoles y de la Iglesia descubren tan originalmente las consecuencias y aplicaciones prácticas de esa doctrina para la vida cristiana; que bien merecen para quien nos las dejó, el título de Maestra y Doctor.

Este primer modo de proceder es legítimo y puede ser eficaz; pero tiene un doble inconveniente para nuestro caso: que es cosa larga y prolija; asunto más propio de un libro o de un denso opúsculo, que de un artículo de Revista; y, además, que el resultado de esa investigación sobre los escritos de la Santa puede parecer a algunos como un conjunto de opiniones subjetivas, o como fruto de una devoción personal.

Un segundo procedimiento para nuestro objeto es acudir a los libros de los más eximios autores que han escrito sobre las virtudes y las enseñanzas de Santa Teresita; o por lo menos a alguno de los más acertados; para ver cómo presentan la doctrina de la Santa en tan elocuente síntesis y en tan plena luz, que dejan sacar la legítima consecuencia de que son grandes y muy altos los méritos de la Santa, por su excelente doctrina, para un Doctorado Eclesial.

Pero esto ya está hecho. Lo tenemos en la preciosa y perfectamente lograda obra "El alma de Santa Te-

resa del Niño Jesús”, del insigne escritor P. Ignacio Casanovas, S. I., libro que de sus cinco capítulos, en 358 páginas, dedica el capítulo III, en cincuenta páginas, a exponer la “Doctrina” de la Santa, reduciéndola a los dos puntos principales que más expresamente y con mayor insistencia fueron tratados por ella; a saber: la infancia espiritual, según el Evangelio de Cristo; y la vida de sacrificio, en unión con el de Cristo en su Misterio Eucarístico, hasta ofrecerse y vivir como víctima del Amor misericordioso.

Con tal lucidez y abundancia de datos presenta el P. Casanovas esta maravillosa doctrina de la Santa, que al terminar su lectura, no puede uno menos de reconocer que ya está hecho el deseado estudio, y ya están puestos de relieve los excelsos merecimientos de la Santa para recibir el título de Doctor de la Iglesia. A dicho estudio, pues, nos remitimos. Se puede ver en el volumen VII de “Obras del P. Casanovas”; Balmesiana; Durán y Bas, Barcelona.

Finalmente, otro tercer procedimiento se nos presenta para lo mismo; y es el que vamos a seguir, porque es incomparablemente el más autorizado y eficaz; y tiene la ventaja de poder ser presentado en los breves límites de un artículo. Consiste en elevarnos a escuchar las soberanas palabras con que analteció, junto con la eximia santidad de Teresita, también su excelente doctrina, el Romano Pontífice que, el año 1923, le decretó los honores de la Beatificación; y a los dos años, en 1925, la canonizó, en memorable solemnidad en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Fue el Papa Pío XI, grande entre los grandes Papas de la Iglesia, por su sabiduría, prudencia, geniales actos de magisterio y de gobierno, y altísimo acierto en haber hecho patentes los males y necesidades de su época, que son los de la nuestra; y en haberles dado los más eficaces remedios; el que con admirable intuición solía llamar a Santa Teresa del Niño Jesús, “La Estrella de su Pontificado”.

Estaba profundamente convencido de que deseando él proclamar ante toda la Iglesia y el mundo entero, la realeza de Cristo, y mostrar los fundamentos bíblicos y teológicos de la gran verdad de que Cristo nos fue dado a los hombres no sólo como Redentor en quien hemos de confiar, sino también como Rey, a quien hemos de obedecer e imitar; lo cual hizo el gran Papa, poco después, en su Encíclica “Quas primas”; no podía proponer de antemano a todos los fieles un camino más llano y seguro para llegar a la obediencia y a la imitación de nuestro Divino Rey, que el ejemplo y la doctrina de Santa Teresa del Niño Jesús.

Así lo hizo, al elevársela al honor de los altares.

Ciñámonos a lo que con su autorizada palabra dijo respecto de la doctrina de la Santa.

En el Decreto de Beatificación (29 de abril de 1923), hizo notar con qué admirable providencia fue preparando el Señor a Teresa, desde sus primeros años, para que llegase a ser lo que Él quería que fuese en su Iglesia; pues le adelantó notablemente el uso



de la razón, y le dio tan preclara y viva inteligencia, que aun antes de sus diez años, hizo grandes progresos en sus estudios, mayormente en la Historia y en el Catecismo; hasta el punto que era llamada, ya entonces, “la pequeña Maestra”. Y fue tan extraordinaria su memoria, que se aprendió al pie de la letra

todo el libro "De la Imitación de Cristo", y lo retuvo tenazmente.

En el mismo Decreto, al relatar el Papa los años de vida religiosa de Teresa en el Carmelo de Lisieux, y al referirse a la perfección con que ejerció el cargo de Maestra de novicias, añade: "Por mandato de sus Superiores, y para la edificación y salvación de innumerables almas, puso por escrito lo que ella misma vivía y enseñaba, para mostrar a todos el camino que lleva a la plenitud del amor de caridad; y en este comentario de su vida (Historia de un alma), difundido al presente por todo el orbe de la tierra, no dudó en afirmar nuestro Predecesor, de reciente memoria, Pío X, que resplandece para ejemplo de todas las virtudes, y como alienta y respira el alma de la Virgen de Lisieux" (A. A. S., XV, 1923, págs. 203, 205).

Poco después, en Carta al Cardenal Antonio Vico (14 de mayo de 1923), hizo notar Pío XI que fue mérito muy grande de los escritos de la Santa la oportunidad de ellos como remedio de los males de la época moderna, pues dice: "En medio de tan común olvido de las cosas celestiales; en este tan gran desprecio del orden sobrenatural; y en unos tiempos en que no pocos hombres se alzan con tan orgulloso espíritu para ignorar o para simular que ignoran a la Iglesia Católica, Madre de toda santidad y fautora de todo sano humanismo; hemos de atribuir a un singular don de Dios el hecho de que una joven, que había vivido desconocida en los claustros del Carmelo, haya venido a ser tan ilustre en todas partes, ya por la sencillez e ingenuidad de su alma y por su vida, parecidísima a la de los Ángeles; ya por el esplendor de sus virtudes y de sus milagros; ya finalmente por la perfección de aquella "infancia espiritual", que ella mostró en sí misma, y de la que se prestó a ser cándida Maestra, en el maravilloso libro que por encargo de sus Superiores escribió brillantemente y con belleza no buscada artificiosamente, sobre su propia vida" (A. S. S., ib., pág. 283).

Más de propósito y más espléndidamente nos manifestó Pío XI su sentir acerca de la doctrina de Santa Teresita, en su magnífica homilía de la solemne Misa de su canonización, el 17 de mayo de 1925.

Después de enaltecer con encendidas palabras la vida santa de infancia espiritual, según el Evangelio, en que fue admirable modelo la Virgen de Lisieux,

pasa a celebrar con merecido encomio su celestial doctrina; es lo que ahora más hace a nuestro propósito. Dice así.

"No hay por qué nos admiremos de que en una mujer Religiosa se haya cumplido aquella promesa de Cristo: 'Todo el que se humillare como un niño, ése será el mayor en el reino de los cielos' (Mt.,18,1). Plugo ciertamente a la divina benignidad ensalzar y enriquecer a Teresa con un don de sabiduría casi singular; pues aquella que había aprendido y como bebido abundantemente la doctrina de la fe en su formación catequística; la ascética, en el áureo libro "de la Imitación de Cristo"; y la mística, en los libros de su Padre San Juan de la Cruz; y además había apacestado y nutrido su mente y su alma con la asidua meditación de las Sagradas Escrituras; a ella el Espíritu de la verdad le abrió y le hizo patentes aquellas cosas que suele esconder a los sabios y prudentes según el mundo, y revelarlas a los pequeñuelos; y esto hasta tal punto, que según el testimonio de nuestro inmediato Predecesor (Benedicto XV), estuvo Teresa tan llena de ciencia de las cosas celestiales, que pudo mostrar a los demás el camino cierto de la salvación" (A. A. S., XVII, 1925, pág. 213).

Quien oye atentamente estas autorizadísimas palabras, y las considera con serena reflexión, ¿no caerá en la cuenta de que han sido dos Sumos Pontífices, primeramente Benedicto XV, y después, y sobre todo, Pío XI, los que con sus solemnes declaraciones sobre la admirable doctrina y provechosísimas enseñanzas de Santa Teresa de Lisieux, han puesto la sólida base, y han abierto el seguro camino para que quizás algún día, otro Sumo Pontífice, si para ello se siente inspirado por el Espíritu Santo, la proclame Doctora de la Iglesia?

A lo menos, no se podrá tachar de despropósito esta iniciativa; sino que se habrá de reconocer que es fundada y viable.

Por lo demás, si, lanzada la idea, se acoge con respeto y devoción, como ilusionadamente esperamos, nos parece que quien se habría de encargar de promoverla, es la gloriosa Orden Carmelitana de Religiosos y Religiosas Carmelitas Descalzos; con la poderosa fuerza de la ínclita Orden Tercera de Nuestra Señora del Carmen.

LA ORACION APOSTOLICA DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS LA HACE ACREEDORA A SER DECLARADA PATRONA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

Esta otra iniciativa, que ahora presenta "Cristianidad", le es singularmente peculiar, ya que esta Revista, surgida del seno de "Schola Cordis Iesu", y sostenida por sus animosos socios, está íntimamente vinculada con el Apostolado de la Oración; el cual, en frase de Pío XII, es la mejor manera de dar culto al Sagrado Corazón de Jesús; como este Culto es el gran medio para llegar al Reino de Cristo.

Y también para fundamentar esta segunda idea vamos a acudir a la memorable homilía de Pío XI, en la solemne Misa de Canonización de la Santa Carmelita de Lisieux.

A continuación de sus palabras, antes citadas, sobre la excelsa doctrina de la Santa, añade: "De aquella tan copiosa participación de la divina luz y de la divina gracia, se encendió en Teresa tan grande incendio de caridad, que teniéndola como abstraída continuamente de su cuerpo, al fin llegó a consumirla; y por esto mismo, pudo candorosamente confesar, poco antes de dejar esta terrena vida, que "ella no había dado a Dios otra cosa que amor".

"Nos consta también que por esta fuerza de ardiente caridad, perduró siempre en la joven de Lisieux aquel propósito y empeño de trabajar por el amor de Jesús, para agradecerle solamente a Él, consolar su Corazón Sacratísimo, y promover la eterna salvación de muchas almas, que amasen perpetuamente a Cristo. Y que esto lo haya seguido deseando desde el cielo, tan pronto como llegó a la celeste Patria, y lo haya realizado y conseguido, se prueba fácilmente por aquella mística lluvia de rosas, que, por don de Dios, así como lo sigue derramando" (A. A. S., ib.).

Oigamos ahora a la misma Santa: "Vine al Carmelo para salvar almas; y sobre todo para rogar por los sacerdotes".

Y sus últimas palabras, poco antes de expirar, el 17 de julio de 1887, fueron éstas: "Presiento que mi misión va a comenzar; la misión de hacer amar a Dios, como yo le amo; la misión de enseñar a los hombres mi camino de confianza y de abandono. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. Esto no es imposible; pues también los Ángeles velan por nosotros, desde el regazo mismo de la visión beatífica. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin de los siglos! Mas, cuando el Ángel haya dicho: 'Ya no habrá dilatación', (Apoc., 10, 6), entonces descansaré y podré

gozar, porque el número de los elegidos estará completo. Todos habrán entrado en la felicidad sin fin. Mi corazón salta de gozo con este pensamiento".

¡Sublimes aspiraciones, y maravillosa fe en la eficacia apostólica de la oración!

A sus 15 años, Teresa no desea otra cosa que salvar almas; y para conseguir su ardiente deseo, su único intento, no halla otro medio mejor que consagrarse a la vida contemplativa, vida de oración, en el Carmelo. Y cuando va a entrar en el cielo, no piensa en otra cosa que en orar desde el cielo, para lograr, con su oración celeste, la salvación de muchas almas.

¿Qué hemos de pensar, y qué hemos de decir los socios del Apostolado de la Oración, ante estas maravillas de una perfectísima vida de oración, de oración eminentemente apostólica, de Santa Teresa del Niño Jesús, en la tierra y en el cielo? ¿Qué Patrona mejor podemos desear tener, que a la gran Santa, que fue y sigue siendo el gran Apóstol de la oración, y por la oración?

Y realmente, si cotejamos ahora las características de la oración que promueve y ejercita el Apostolado de la Oración, con las cualidades que hicieron eficazmente apostólica la oración de Santa Teresita; veremos que son como dos haces de luz divina, que se funden en un mismo haz luminoso, que alumbra las almas, las fecunda y las salva.

La oración del Apostolado de la Oración es, ante todo, oración de fe y de confianza; pues comienza nuestro ofrecimiento diario, por la mañana, con las palabras de invocación: "Señor mío y Dios mío, Jesucristo"; eco de las de Santo Tomás, el día octavo de la Resurrección de Jesús.

Es en seguida oración de consagración al Corazón Sagrado de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, Madre nuestra; y esta consagración es expresamente para unirnos con el mismo Corazón Sacratísimo de Nuestro Redentor, y en unión con Él, ofrecemos a Dios Padre, en su Santo Sacrificio del Altar. Es, pues, oración de quien se ofrece en sacrificio, como de víctima permanente, en unión con la Víctima divina, en el Sacrosanto Misterio de la Eucaristía.

Por lo mismo, es oración de ofrecimiento de todo lo que constituye como el tejido de la vida toda del cristiano: "mi oración y mi trabajo; mis sufrimientos y mis alegrías de hoy". Y así, oblación de la vida

entera cotidiana; en sacrificio de oración y en sacrificio de laboriosidad, tanto en los sufrimientos como en las alegrías, según los ejemplos de Cristo.

Es también oración con expreso fin apostólico, para la santificación propia y de los demás; pues lo ofrecemos todo en reparación por nuestros pecados; los de cada uno y los de todos los hombres. Y así, removido el impedimento de la salvación y santificación propia y ajena, que son los pecados; es ya, en definitiva, oración para que venga el Reino de Cristo; es decir, para que nosotros y los demás hombres tengamos tan verdadera y eficientemente a Cristo por nuestro Divino Rey, que, imitando sus ejemplos, vivamos en sumisa obediencia a Él y a sus Representantes, para que se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo.

Todavía más; es oración católica; o sea, universal, ecuménica; pues es oración en unión con la oración y las intenciones del Vicario de Cristo en la tierra; para secundar las que él mismo señala como suyas, y las encarga al Apostolado de la Oración, todos los años, y para cada mes del año.

Y por lo mismo que es oración eclesial y católica, es oración misional; pues se hace por la especial intención que el Sumo Pontífice designa para cada mes, por las graves necesidades y peculiares problemas de las Misiones.

Ahora bien; ¿fue acaso otra la oración apostólica de Santa Teresa del Niño Jesús? Fué esta misma, con

las indicadas características y cualidades; pero lo fue ejemplarísimamente, con maravillosa perfección, como de modelo para todos nosotros, los que militamos en el ejército pacífico del Apostolado de la oración.

Bastaría recorrer las páginas, caldeadas por el amor y ungidas por la oración, de la "Historia de un alma", y de sus demás preciosos y celestiales escritos, para verificar todo esto, punto por punto. Y sería fácil y gratísimo hacerlo aquí; pero nos alargaríamos desmesuradamente. Por lo demás, en manos de todos está, o puede estar, la Colección, soberanamente hermosa, de sus escritos.

Un solo punto convendrá recordar con especial relieve; y es que Santa Teresita, por su eficazísimo apostolado, con su oración misional, en bien de las Misiones, fue declarada por Pío XI, el 14 de diciembre de 1927, "Patrona de todos los Misioneros, hombres y mujeres; y también de todas las Misiones existentes en toda la tierra, igual que San Francisco Javier, con todos los derechos y privilegios que lleva este título".

La conclusión se impone por su evidencia: tiene la Santa de Lisieux los más legítimos títulos y los más preclaros merecimientos, que la hacen acreedora, por su oración apostólica, para ser declarada Patrona del Apostolado de la Oración. Brinda "Cristiandad" esta idea a quien entiende podrá mejor hacerse cargo de ella, para promoverla eficazmente: a la Dirección General del Apostolado de la Oración; con el asesoramiento y cooperación de sus Direcciones Nacionales.

En nombre de "Cristiandad",
ROBERTO CAYUELA, S. J.

Texto de la convocatoria dirigida a los miembros de SCHOLA CORDIS IESU con motivo de la celebración de una Misa para rogar por la proclamación de Santa Teresita de Lisieux Doctor de la Iglesia.

Distinguido amigo:

Ha parecido a diversos sectores de la Iglesia, en España y fuera de ella, que sería de gran provecho espiritual, en el mundo de hoy, la proclamación de Santa Teresita de Lisieux Doctor de la Iglesia Universal.

El entusiasmo con que hemos recogido, desde el primer momento, esta iniciativa es fruto natural de la devoción que a esta gran santa nos inculcó nuestro venerado fundador P. Ramón Orlandis, S. I. Schola Cordis Iesu siente como muy suya la tarea de colaborar a que esta proclamación sea pronto una realidad de incalculables beneficios para la Iglesia.

Con este motivo tengo el gusto de invitarle a la misa que el P. Casimiro Puig, S. I. celebrará en nuestro local el próximo lunes, día 1 de febrero, a las ocho de la tarde, para rogar por el buen éxito de esta empresa.

Tratándose de una idea tan nuclear a nuestra querida Schola, le encarezco, de todo corazón, la asistencia.

DOMINGO SANMARTÍ FONT
Presidente



HOMILIA

PRONUNCIADA POR S. S. PIO XI

EN LA CANONIZACIÓN SOLEMNE DE LA BIENAVENTURADA SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

Venerables hermanos y amados hijos:

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que entre las numerosas solicitudes de nuestro ministerio apostólico, nos ha concedido el consuelo de poner, la primera entre el número de los santos, a la virgen que, al principio de nuestro pontificado fue también la primera que hemos elevado al rango de los Bienaventurados, la virgen que practicó la infancia espiritual, este camino también inseparable de la grandeza de alma que hace digno, según las promesas mismas de Jesucristo, de ser glorificado solemnemente en la Jerusalén celestial y en el seno de la Iglesia en la tierra.

También damos gracias a Dios por permitirnos hoy, a Nos, que ocupamos el lugar de su Hijo, de recordaros a todos y hacer penetrar en vuestras almas, desde lo alto de esta Catedral de verdad, en la solemnidad augusta del Sacrificio, un aviso de salvación dado por el divino Maestro. Un día que sus discípulos le habían preguntado que quién sería, según su juicio, el más grande en el reino de los cielos, *llamó a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo estas palabras memorables: En verdad, os digo, si no os convertís y os hacéis semejantes a este niño, no entraréis en el reino de los cielos.*

Teresa, nuestra nueva Santa, impregnó profundamente su alma de esta doctrina evangélica; la convirtió en práctica de su vida cotidiana; más todavía, enseñó este camino de la infancia espiritual, primero, por sus lecciones y sus ejemplos a las jóvenes novicias de su convento, después, por escritos, a todas las almas. Estos escritos han sido difundidos por el mundo entero; nadie los puede recorrer sin amarlos; sin leerlos, y releerlos con el más vivo placer y con el mayor provecho.

Teresa ¿no es en efecto, la rosa abierta en el jardín cerrado del Carmelo, la joven de una pureza sin ta-

cha? Desde el día en que ella juntó a su nombre el de Jesús Niño, reprodujo en sí misma, en rasgos vivientes, la imagen de este Niño; y, de tal modo, que veneran a Teresa, es verdaderamente venerar y alabar el divino modelo que hace revivir en ella.

Así hoy alimentamos la esperanza de ver en las almas de los fieles nacer el deseo de esta infancia espiritual que consiste en ser, por virtud, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones, lo que es el niño, por el instinto de su naturaleza, en sus sentimientos y en sus acciones.

Ninguna mancha vela con su sombra la mirada del niño; ninguna pasión le debilita con sus atractivos; reposa en seguridad en la posesión de su inocencia; ignora la astucia del engaño; lo que piensa lo dice sin disimulo, sencillamente; tal como es por dentro se muestra por fuera.

Así nos aparece Teresa: de una naturaleza más angélica que humana; ha introducido en su alma la sencillez del niño, según las leyes de la verdad y la justicia.

Pero la virgen de Lisieux tenía presentes en su memoria estas invitaciones y estas promesas del Esposo divino: *Si alguno es muy pequeño, que venga a mí — Encontraréis un seno seguro que os llevará, y rodillas sobre las que sereis acariciados; como una madre acaricia a su niño, así yo os consolaré.* Teresa tenía conciencia de su debilidad, y se dió y se abandonó con confianza y sin reserva a la divina Providencia, a fin de poder, sin otro apoyo, franquear las peores dificultades del camino, y esperar esta perfecta santidad de vida a la que ella había decidido aspirar en una plena y gozosa abdicación de su voluntad propia.

No nos asombremos al ver cumplirse en esta religiosa la palabra de Cristo: *Quienquiera que se abaje como este niño, éste será el más grande en el reino de*

los cielos. Ha placido, pues, a la bondad divina colmarla, enriquecerla con una sabiduría especial.

Teresa había bebido con abundancia, en el catecismo las auténticas enseñanzas de la fe, su doctrina ascética en el libro de oro de la *Imitación*, sus conocimientos místicos en las obras de su Padre San Juan de la Cruz; alimentó su inteligencia y su cozarón con la meditación asidua de las Sagradas Escrituras; pero, por encima de todo, el Espíritu de verdad le abrió y le descubrió los misterios que acostumbra a esconder a los sabios y a los prudentes y los revela a los muy pequeños: pues, según el testimonio de Nuestro predecesor, Teresa poseía una tal ciencia de las cosas de lo alto que pudo enseñar a las almas un camino cierto de salvación.

Esta abundancia de luces y de gracias divinas que fueron dadas a Teresa habían prendido en su corazón tal incendio de caridad que al fin la consumió, después de haber vivido por así decirlo en un perpetuo éxtasis; y, en este orden de ideas, ella pudo antes de su muerte decir sencillamente que “jamás había dado a Dios otra cosa que amor”.

Por otra parte es evidente que el impulso de esta ardiente caridad fue en la virgen de Lisieux el principio de su designio y de su deseo apremiante de “trabajar por el amor de Jesús, únicamente para darle placer, para consolar su Corazón sagrado y para procurar la salvación eterna de muchas almas destinadas a amar eternamente a Cristo”.

De que haya empezado, desde el instante de su llegada a la patria eternal, a cumplir y a realizar este designio, tenemos la prueba esplendorosa en esa mística lluvia de rosas que, por permisión de Dios, ha esparcido sobre la tierra y no cesa de esparcir, según la promesa que ingenuamente hizo mientras vivía.

Es por esto, Venerables Hermanos y amados Hijos, que deseamos ardientemente que todos los cristianos se muestren dignos de participar en la efusión de gracias tan numerosas que se han obtenido por su intercesión; pero más ardientemente aún, que fijéis en ella la mirada atenta para tomarla por modelo, viniendo a ser todos como niños; pues según la sentencia de Cristo, los que no sean como los muy pequeños, no entrarán en el reino de los cielos.

Si este camino de la infancia espiritual fuese seguido por la masa ¡que fácil aparecería a todos la restauración del orden moral en la sociedad humana, restauración de la que hemos hecho el fin de nuestros esfuerzos desde el principio de Nuestro Pontificado, y sobre todo desde la publicación del gran Jubileo.

Hacemos pues esta oración con la que la nueva santa Teresa del Niño Jesús, terminó el precioso libro de su vida: “Te suplico, oh buen Jesús, que bajes tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas; te suplico que escojas en este mundo una legión de almas pequeñas víctimas dignas de tu amor”. Así sea.

QUIERO SER HIJA DE LA IGLESIA COMO LO ERA
NUESTRA MADRE SANTA TERESA Y ROGAR POR
LAS INTENCIONES DE NUESTRO PADRE SANTO
EL PAPA, SABIENDO QUE SUS INTENCIONES
ABARCAN EL UNIVERSO. HE AQUI EL FIN GENE-
RAL DE MI VIDA

Santa Teresa del Niño Jesús
Manuscritos Autobiográficos

¿DOCTORA DE LA IGLESIA, A LOS 24 AÑOS?

Reproducimos de «El Pensamiento Navarro» este artículo de nuestro colaborador
FRANCISCO CANALS VIDAL



Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Sena, Doctores de la Iglesia. Por primera vez este título ha sido conferido a dos mujeres. No hay en esto revolución ni innovación doctrinal. Hay sí profundización y esclarecimiento del sentido mismo del carisma de "doctorado" tal como lo entiende y reconoce la Iglesia jerárquica.

El Espíritu Santo distribuye sus dones. En el Cuerpo de Cristo los hace a unos apóstoles, a otros profetas, a otros doctores o maestros. La sucesión apostólica, que sólo en el Papa y el colegio episcopal se hereda y transmite, es el único magisterio jerárquico con misión pública y universal de autoridad para enseñar y regir al pueblo de Dios. Esta única autoridad resplandece también en la misma proclamación de los que la Iglesia venera, pública y litúrgicamente, como doctores y maestros; ya que sólo al Sumo Pontífice compete el juicio con el que discierne y atribuye a la faz de la Iglesia el título a los hijos de Dios que han iluminado con doctrina evangélica a sus hermanos en la fe.

El doctorado o magisterio espiritual, que la Iglesia jerárquica reconoce y proclama, no es sino este carisma que Dios da, según la distribución que agrada al Espíritu Santo que sopla donde quiere, a los hijos y a las

hijas que su designio elige. Este doctorado no es usurpación de autoridad sino servicio a la Iglesia, fruto de la fe y la caridad, brillo de la sabiduría cristiana, del que Dios ha querido hacer participar no sólo a obispos, sacerdotes o diáconos, sino también a laicos, como son precisamente siempre las mujeres, aunque vivan en vida religiosa.

Pablo VI advirtió la independencia de este título respecto del sacerdocio ministerial. Su advertencia impide cualquier abusiva confusión y abre por lo mismo la puerta a la esperanza del pueblo cristiano de ver proclamadas con el título de Doctor de la Iglesia también a otras hijas de Dios cuya luz ha brillado sobre el candelero y ha alumbrado, puede decirse con verdad, a todos los que habitan en la casa.

Estas reflexiones nos son sugeridas por el hecho de que reiteradamente hemos oído del ferviente movimiento iniciado, por lo que hasta ahora sabemos, en Francia y en España, orientado a solicitar que sea proclamada Santa Teresita del Niño Jesús con este título de Doctor de la Iglesia Universal.

Se acostumbra a señalar tres condiciones para ello las dos primeras: Santidad de vida y doctrina eminente e íntegramente verdadera y pura, son el motivo que fundamenta el tercer elemento. Este no es otro que la formal declaración, explícita y solemne, por parte del Sumo Pontífice.

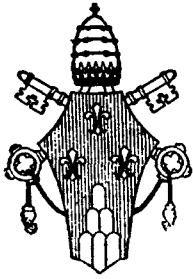
Es claro también que esta declaración sólo se da en el supuesto de una influencia pública y universal, por lo menos en algún momento de la historia de la Iglesia, ejercida por el santo al que se da este título. San Agustín o San Atanasio son doctores como testigos por autonomía de la fe de la Iglesia. San Isidoro de Sevilla, o San Beda el Venerable, lo son en cuanto orientadores espirituales del pueblo de Dios en las tierras hispánicas y británicas de su siglo, patriarcas de sus pueblos en su marcha secular.

Santidad de vida, eminencia e integridad de doctrina, aprobada y enaltecida por el magisterio jerárquico, influencia universalísima, sólo comparable a la de los más excelsos Doctores y Padres, todo se encuentra en Santa Teresita del Niño Jesús.

En las páginas de este querido PENSAMIENTO NAVARRO, fiel a sí mismo, quisiéramos expresar la ardiente esperanza de que el pueblo de Dios que está en España, heredero del espíritu de San Isidoro de Sevilla, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, ya honrados con el título de Doctor de la Iglesia universal, linaje también de santos que lo alcanzarán también sin duda, estará en uno de los primeros lugares en el fervor teresiano. La Santa de Lisieux consiguió verdaderamente ser, según su propia expresión, "hija de la Iglesia, como nuestra Madre Santa Teresa".

EVANGELIO DEL CONCILIO





EXHORTACION APOSTOLICA DE S. S. PAULO VI A TODOS LOS OBISPOS, A LOS CINCO AÑOS DE LA CONCLUSION DEL CONCILIO VATICANO II

Amadísimos hermanos.

¡Salud y Bendición Apostólica!

Cinco años han pasado desde que, tras intensas sesiones de trabajo transcurridas en la oración, en el estudio, en la comunicación fraternal, los Obispos de todo el mundo volvían a sus diócesis, dispuestos a que nada pudiese contener este gran torrente de gracias celestiales que “hoy alegra la Ciudad de Dios” (1) y a que no sufriese mengua el impulso vital que anima a la Iglesia en estos momentos” (2).

Cada uno, dando gracias a Dios por el trabajo felizmente concluido, se llevaba del Concilio, además de la experiencia vivida de la Colegialidad, los textos doctrinales y pastorales laboriosamente preparados; como una riqueza espiritual para comunicar a los sacerdotes, nuestros colaboradores en el sacerdocio, a los religiosos y religiosas, a todos los miembros del Pueblo de Dios; y también directrices seguras para el anuncio de la palabra de Dios en nuestro tiempo y para la renovación interior de las comunidades cristianas.

Este fervor no ha disminuido. Cada uno, desde el puesto en que el Espíritu Santo le ha colocado para regir la Iglesia de Dios (3), y todos juntos, como sucesores de los apóstoles, se han prodigado sin descanso y de múltiples maneras, pero especialmente en las Conferencias Episcopales y en los Sinodos de Obispos, para traducir en la vida de la Iglesia las enseñanzas y las directrices conciliares. En conformidad con los deseos expresados en nuestra primera Encíclica “*Ecclesiam suam*” (4), el Concilio ha logrado que la Iglesia adquiriese una conciencia más profunda de sí misma. Ha puesto más en claro las exigencias de su misión apos-

tólica en el mundo de este tiempo. La ha ayudado a entablar un diálogo de salvación con espíritu auténticamente ecuménico y misionero.

Pero no nos proponemos ahora hacer un balance de las investigaciones, de las iniciativas, de las reformas que se han multiplicado posteriormente al Concilio. Atento a descubrir los signos de los tiempos y llevado de un espíritu fraternal, quisiéramos preguntarnos con vosotros, si hemos cumplido fielmente el compromiso asumido a los comienzos del Concilio, en nuestro Mensaje a todos los hombres: “Nos esforzaremos por presentar a los hombres de este tiempo la verdad de Dios en su integridad y pureza, de modo que les sea inteligible y puedan adherirse a ella de corazón” (5).

Este compromiso ha quedado bien definido, sin lugar a equívocos, en la Constitución Pastoral “*Gaudium et Spes*”, verdadera “Carta magna” de la presencia de la Iglesia en el mundo: “La Iglesia de Cristo, colocada en medio de las ansiedades de este tiempo, no cesa de esperar firmemente. A los hombres de nuestro tiempo ha de sugerir continuamente el mensaje que le viene de los Apóstoles, ya lo reciban con agrado, ya lo rechacen como importuno” (6).

Es cierto, los pastores sagrados han tenido siempre este deber de transmitir la fe en toda su plenitud y de manera adecuada a sus contemporáneos, es decir, esforzándose por emplear un lenguaje que les sea fácilmente asequible, dando respuesta a sus problemas, suscitando su interés, ayudándoles a descubrir, a través de las pobres palabras humanas, todo el mensaje de salvación que nos ha traído Jesucristo. Es, en efecto, el Colegio episcopal quien con Pedro y bajo su autoridad garantiza la transmisión auténtica del depósito revelado, habiendo recibido para ello “un carisma cier-

(1) *Sal.* 45, 5.

(2) Exhortación Apostólica *Postrema sessio*, 4 noviembre 1965.

(3) *At.* 20,28.

(4) *AAS*, 56, 1964.

(5) 20 octubre 1962.

(6) *N.* 82 *AAS*, 58, 1966.

to de verdad”, según expresión de San Ireneo (7). Y siendo él fiel al testimonio, que está enraizando en la Santa Tradición y en la Sagrada Escritura y nutrido con la vida eclesial de todo el pueblo de Dios, es como se consigue que la Iglesia sostenida por la asistencia indefectible del Espíritu Santo pueda enseñar ininterrumpidamente la palabra de Dios e ir explanándola progresivamente.

AMBIGÜEDADES, INCERTIDUMBRES Y DUDAS EN COSAS QUE SON ESENCIALES

Sin embargo, la condición presente de la fe exige de parte de todos nosotros un mayor esfuerzo para que esta palabra llegue en su plenitud a nuestros contemporáneos y para que la obra cumplida por Dios les sea presentada sin alteración, con toda la intensidad de amor de la verdad que salva (8). Efectivamente, mientras la proclamación de la palabra de Dios dentro de la liturgia conoce una admirable renovación, gracias al Concilio; mientras la familiaridad con la Biblia se difunde entre el pueblo cristiano; mientras los progresos de la catequesis, cuando se ajustan a las orientaciones conciliares, permiten la investigación bíblica, patristica y teológica aporta frecuentemente una preciosa contribución a la expresión viviente del dato revelado, he aquí que numerosos fieles se sienten turbados en su fe por una acumulación de ambigüedades, de incertidumbres y de dudas en cosas que son esenciales, como los dogmas trinitario y cristológico, el misterio de la Eucaristía y de la presencia real, la Iglesia como institución de salvación, el ministerio, sacerdotal en el seno del pueblo de Dios, el valor de la oración y de los sacramentos, las exigencias morales concernientes, por ejemplo, la indisolubilidad del matrimonio y el debido respeto a la vida. Hasta la misma autoridad divina de la Escritura es puesta en controversia por una desmitización radical.

Mientras el silencio va recubriendo poco a poco algunos misterios fundamentales del cristianismo, vemos aparecer una tendencia a construir, partiendo de datos psicológicos y sociológicos, un cristianismo desligado de la tradición ininterrumpida que le une a la fe de los apóstoles, y a exaltar una vida cristiana privada de elementos religiosos.

Para todos nosotros, los que hemos recibido junto con la imposición de manos la responsabilidad de

conservar puro e íntegro el depósito de la fe y la misión de anunciar sin descanso el evangelio, he ahí un llamamiento a testimoniar nuestra común obediencia al Señor. El Pueblo, cuyo cuidado nos ha sido encomendado, tiene un derecho imprescriptible y sagrado a recibir la palabra de Dios, toda la palabra de Dios, de la cual la Iglesia no ha cesado de adquirir una comprensión más profunda. Para nosotros es un deber grave y urgente el anunciársela infatigablemente, a fin de que crezca en la fe y en la inteligencia del mensaje cristiano y dé testimonio, con toda su vida, de la salvación en Jesucristo.

LOS OBISPOS EN COMUNIÓN CON EL ROMANO PONTÍFICE TESTIGOS DE LA VERDAD DIVINA Y CATÓLICA EN MATERIA DE FE Y COSTUMBRES

El Concilio ha querido recordárnoslo con energía: “Entre los principales oficios de los Obispos se destaca la predicación del Evangelio. Porque los Obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los doctores auténticos, es decir, revestidos de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo a ellos encomendado la fe que ha de ser creída y aplicada a la vida, y la ilustran bajo la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación cosas viejas y nuevas (9), la hacen fructificar y con vigencia apartan de su grey los errores que la amenazan (10). Los Obispos, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser respetados por todos como testigos de la verdad divina y católica; los fieles, por su parte, en materia de fe y costumbres, deben aceptar el juicio de su Obispo, dado en nombre de Cristo, y deben adherirse a él con religioso respeto...” (11).

Cierto, la fe es siempre un asentimiento dado por razón de la autoridad del mismo Dios. Pero el magisterio de los Obispos es para el creyente el signo y el canal que le permite recibir y reconocer la palabra de Dios. Cada Obispo en su diócesis es solidario de todo el Colegio episcopal, al cual ha sido confiado, como heredero del Colegio apostólico, el cuidado de velar por la pureza de la fe y por la unidad de la Iglesia.

Reconozcámoslo francamente: en las actuales circunstancias en que vivimos, el cumplimiento necesario

(7) *Adv. haer.* IV, 26, 2.

(8) *Cf.* 2 *Ts.* 2, 10.

(9) *Cf.* *Mt.* 13, 52.

(10) *Cf.* 2 *Tm.* 13, 52.

(11) *Cost. dogm. Lumen gentium*, 25.

y urgente de esta tarea primordial encuentra más dificultades que en los siglos pasados.

Efectivamente, si el ejercicio del magisterio episcopal fue relativamente fácil cuando la Iglesia vivía en estrecha simbiosis con la sociedad de su tiempo, inspirándole su cultura y compartiendo sus modos de expresión, hoy día se nos pide un serio esfuerzo para que la doctrina de la fe conserve la plenitud de su sentido y de su alcance, expresándose en una forma que le permita llegar al espíritu y al corazón de todos los hombres a quienes va dirigida. Nadie mejor que nuestro predecesor Juan XXIII, en su discurso de apertura de las sesiones conciliares, ha mostrado el deber que nos incumbe a este respecto: "Es preciso que, respondiendo al vivo deseo de todos aquellos que se sientan sinceramente vinculados a todo lo que es cristiano, católico y apostólico, esta doctrina sea más amplia y profundamente conocida, que las almas sean más íntimamente impregnadas de ella, transformadas por ella. Es preciso que esta doctrina cierta e inmutable, que debe ser fielmente respetada, sea ahondada y presentada de manera que responda a las exigencias de nuestra época. Efectivamente, una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera bajo la cual son enunciadas, conservando sin embargo el mismo sentido y el mismo alcance. Será preciso dar mucha importancia a esta forma y, si fuera necesario, trabajar pacientemente en su elaboración; se deberá recurrir a un modo de presentación que corresponda mejor a un magisterio de carácter prevalentemente pastoral" (12).

CADA OBISPO DEBE VELAR PARA QUE UN JUICIO HUMANO ARBITRARIO NO REDUZCA EL PLAN DE DIOS Y CIRCUNSCRIBA EL ANUNCIO DE SU PALABRA A LO QUE AGRADA A NUESTROS OÍDOS

En la actual crisis de lenguaje y de pensamiento, cada Obispo en su diócesis, cada Sínodo, cada Conferencia episcopal, debe procurar diligentemente que este esfuerzo necesario no traicione jamás la verdad y la continuidad de la doctrina de la fe. En particular, hay que velar para que un juicio arbitrario no reduzca el plan de Dios a nuestro modo de pensar humano, y no circunscriba el anuncio de su palabra a lo que agrada a nuestros oídos, excluyendo, por motivos meramente naturales, todo lo que no se conforma a los gustos

del día: "¡Pero aun cuando nosotros o un ángel bajado del cielo os anuncie un Evangelio fuera del que os hemos anunciado, sea anatema!" (13).

No somos nosotros, en efecto, quienes juzgamos la palabra de Dios: es ella la que nos juzga y pone al descubierto nuestros conformismos mundanos. "La debilidad de los cristianos, aún de aquellos que tienen la función de predicar, no será jamás en la Iglesia una justificación para mitigar el carácter absoluto de la palabra. En ella, el filo de la espada (14) no podrá nunca perder su corte. Ella no podrá hablar de la santidad, de la virginidad, de la pobreza y de la obediencia, de manera diversa a como habló Cristo" (15).

Digámoslo de paso: aunque las encuestas sociológicas son útiles para descubrir mejor la mentalidad del ambiente, las preocupaciones y las necesidades de aquellos a quienes anunciamos la palabra de Dios y también la resistencia que le opone la razón moderna, según la persuasión largamente extendida de que fuera de la ciencia no existiría una forma legítima de saber, sin embargo las conclusiones de tales encuestas no pueden constituir por sí mismas un criterio determinante de verdad.

No debemos ignorar por otra parte los problemas que hoy día encuentra un creyente legítimamente preocupado por profundizar en la inteligencia de su fe. Estos problemas debemos comprenderlos no para sospechar de su fundamento ni para negar sus postulados, sino más bien para corresponder a sus legítimas demandas en un plano que es el nuestro: el de la fe. Esto es verdad respecto a los grandes interrogantes del hombre moderno, tanto sobre sus orígenes, sobre el sentido de la vida, sobre la felicidad a la que aspira, como sobre el destino de la familia humana. Pero no es menos verdad respecto a las cuestiones que hoy día plantean los sabios, los historiadores, los psicólogos, los sociólogos, y que son para nosotros como otros tantos estímulos a anunciar mejor, en su transcendencia encarnada, la Buena Nueva de Cristo Salvador; una Buena Nueva, que no contradice en nada los descubrimientos del espíritu humano, sino que lo eleva al plano de las realidades divinas hasta hacerlo participar de una manera todavía balbuceante e incoativa, pero sin embargo muy real, en este misterio de amor, del cual nos dice el apóstol que "sobrepasa todo conocimiento" (16).

(13) Gal. 1, 8.

(14) Heb. 4, 12; Ap. 1, 16; 2, 16.

(15) Hans Urs von Balthasar, *Das Ganze im Fragment* Benziger, 1963.

(16) Ef. 3, 19.

(12) AAS, 54, 1962.

LA TEOLOGÍA SÓLO TIENE SU PUESTO DENTRO DE LA IGLESIA. PERJUICIOS QUE CAUSA EN EL PUEBLO CRISTIANO LA DIVULGACIÓN DE HIPÓTESIS O DE OPINIONES TURBADORAS PARA LA FE

A todos los que en la Iglesia asumen la delicada misión de profundizar las insonables riquezas de este misterio, teólogos o exegetas en particular testimoniamos nuestro aliento y apoyo que les ayude a proseguir su trabajo, siendo fieles a la gran corriente de la tradición cristiana (17). No hace tanto tiempo se ha dicho muy justamente: "La teología, como ciencia de la fe, no puede encontrar su puesto sino dentro de la Iglesia, comunidad de creyentes. Cuando la teología reniega de sus presupuestos y comprende de otra manera su función, pierde su fundamento y su objeto. La libertad religiosa afirmada por el Concilio, que se funda en la libertad de conciencia, se ordena a la decisión personal de cada uno respecto a la fe, pero no le corresponde determinar el contenido ni el alcance de la Revelación" (18). Paralelamente, la utilización de las ciencias humanas en los trabajos de hermenéutica es un modo de investigar el depósito revelado, pero éste no puede reducirse a sus análisis, ya que los trasciende tanto por su origen como por su contenido.

Después de un Concilio preparado con las mejores adquisiciones del saber bíblico y teológico, queda por hacer un trabajo considerable, sobre todo para profundizar la teología sobre la Iglesia y para elaborar una antropología cristiana a la medida del desarrollo de las ciencias humanas y de los problemas que ellas plantean a la inteligencia de los creyentes. ¿Quién de nosotros no reconoce, además de la importancia de este trabajo, sus exigencias propias, y no comprende las inevitables vacilaciones? Pero ante los perjuicios que causa hoy día en el pueblo cristiano la divulgación de hipótesis aventuradas o de opiniones turbadoras para la fe, tenemos la obligación de recordar con el Concilio que la verdadera teología "se apoya en la palabra de Dios escrita, inseparable de la Santa Tradición, como sobre una base permanente" (19).

RESPONSABILIDAD DE LOS OBISPOS ANTE DIOS DE PREDICAR LA PALABRA DIVINA

No nos reduzca al silencio, Hermanos amadísimos,

(17) Cf. *Relatio Commissionis in Synodo Apiscoporum constitutae*, Roma, octubre 1967.

(18) *Dichiarazione dei Vescovi Tedeschi, Fulda*, 27 diciembre 1968.

(19) Cf. Const. Dog. *Dei Verbum*, n.º 24; AAS, 1966.

el miedo a críticas siempre posibles y a veces fundadas. Por necesaria que sea la función de los teólogos, no es a los sabios a quienes Dios ha confiado la misión de interpretar auténticamente la fe de la Iglesia: esta fe descansa en la vida de un pueblo, cuyos responsables ante Dios son los Obispos. A ellos corresponde decir a ese pueblo lo que Dios le exige creer.

Esto requiere de cada uno de nosotros mucha violencia, porque si bien somos ayudados en el ejercicio comunitario de esta responsabilidad dentro del marco de los Sínodos de Obispos y de las Conferencias Episcopales, no por eso es menor nuestra responsabilidad personal, absolutamente inalienable, de responder a las necesidades inmediatas y cotidianas del Pueblo de Dios. No es hora de preguntarse, como querrían insinuarnos algunos, si es verdaderamente útil, oportuno, necesario hablar, sino más bien es hora de poner los medios para hacernos entender. Porque es a nosotros, Obispos, a quienes se dirige la exhortación de Pablo a Timoteo: "Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su aparición y por su reino: predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina: pues vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a fábulas. Pero tu vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio" (20).

Por lo tanto, cada uno de nosotros se examine, amadísimos Hermanos, sobre el modo en que cumple este sagrado deber: El nos exige una familiaridad continua con la palabra revelada y una atención constante a la vida de los hombres.

NECESIDAD DE LA ORACIÓN PARA SER FIELES EN LA PROCLAMACIÓN DEL MISTERIO REVELADO

En efecto, ¿cómo podríamos anunciar con fruto la palabra de Dios, si no nos fuera familiar por ser el objeto cotidiano de nuestra meditación y nuestra plegaria? Y ¿cómo podría ella ser aceptada, si no está respaldada por una vida de fe profunda, de caridad efectiva, de obediencia total, de oración ferviente y de humilde penitencia? Después de haber insistido, como es nuestro

(20) II *Tim.* 4, 1-5.

debe, sobre la enseñanza de la doctrina de fe, nos falta añadir otra cosa: frecuentemente lo más necesario no es una mayor abundancia de palabras, sino una palabra en consonancia con una vida más evangélica. Sí, el mundo tiene necesidad del testimonio de los santos, porque “en ellos, nos recuerda el Concelio, es Dios mismo quien nos habla: nos da una señal de su Reino y nos atrae a El con fuerza” (21).

Estemos atentos a los problemas que se manifiestan a través de la vida de los hombres, en particular de los jóvenes: “¿Qué padre entre vosotros — nos dice Jesús — si el hijo le pide pan le dará una piedra?” (22). Acojamos de buena gana los interrogantes que vienen a turbar nuestra tranquilidad. Seamos pacientes ante las vacilaciones de quienes buscan la luz a tientas. Sepamos caminar fraternalmente con todos los que, privados de esa luz que nosotros gozamos, tratan de llegar a la casa paterna a través de la niebla de la duda. Pero si nosotros compartimos sus angustias, que sea para tratar de curarlas. Si les presentamos a Jesucristo, que sea el Hijo de Dios hecho hombre para salvarnos y hacernos participar de su vida, y no una figura totalmente humana por maravillosa y atrayente que sea (23).

“POR SUS FRUTOS LES CONOCERÉIS”

Siendo fieles a Dios y a los hombres a quienes El nos ha enviado, nosotros podremos entonces hacer, con prudencia y delicadeza ciertamente, pero con clarividencia y firmeza, el necesario discernimiento. Esta es sin duda una de las tareas más difíciles, pero a la vez una de las más indispensables hoy día para el episcopado. En efecto, en la lucha de opiniones encontradas entre sí, se corre el riesgo de que la generosidad más grande quede asociada a las afirmaciones más discutibles: “de entre nosotros mismos, como en tiempos de San Pablo, se levantan hombres que dicen cosas perversas para arrastrar a los discípulos a su seguimiento” (24), los que así hablan están a veces persuadidos de hacerlo en nombre de Dios, ilusionándose ellos mismos con el espíritu que los anima. Para lograr ese discernimiento de las palabras de fe, ¿estamos nosotros suficientemente atentos a los frutos que ella suscita? ¿Podría venir de Dios una palabra que haga perder

a los cristianos el sentido de la renuncia evangélica, o que proclame la justicia olvidando de anunciar la templanza, la misericordia y la pureza, una palabra que levante a los hombres contra los hombres? Jesús nos lo ha advertido: “Por sus frutos les conoceréis” (25).

Que nuestra exigencia sea la misma para los colaboradores que llevan con nosotros la carga de anunciar la palabra de Dios. Que su testimonio sea siempre el del Evangelio, y su palabra la del Verbo que suscita la fe y con ella el amor a nuestros hermanos, moviendo a todos los discípulos de Cristo a penetrar con su espíritu la mentalidad, las costumbres y la vida de la ciudad terrena (26). Es así, según la admirable expresión de San Agustín, cómo “aún por el ministerio de los hombres tímidos, Dios habla con toda libertad” (27).

Estos son, amadísimos Hermanos, algunos de los pensamientos que nos sugiere el aniversario del Concilio, ese “instrumento providencial de verdadera renovación de la Iglesia” (28). Al preguntarnos con todos vosotros con fraternal sencillez sobre nuestra fidelidad a esta misión primordial del anuncio de la palabra de Dios, hemos tenido conciencia de responder a una imperiosa obligación. ¿Puede encontrarse alguien que se asombre o la conteste? Con alma serena os tomamos como testigos de esta necesidad, que nos apremia, de ser fiel a nuestra tarea de pastor, y de este deseo que nos anima a poner con vosotros los medios que sean también los más adecuados para nuestro tiempo y los más conformes a las enseñanzas del Concilio, para asegurar mejor su fecundidad. Confando con vosotros en la dulce maternidad de la Virgen María, invocamos de corazón sobre vuestras personas y sobre vuestro ministerio pastoral la abundancia de las gracias de “Aquel que es poderoso para hacer sobre toda medida con incomparable exceso más de lo que pedimos o pensamos, según la potencia que despliega en nosotros su energía: A El la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús. Amén” (29).

Con nuestra afectuosa Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 8 de diciembre. Festividad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, de 1970, octavo de nuestro Pontificado.

(21) Const. dog. *Lumen Gentium*, n.º 50.

(22) *Luc.* 11, 11.

(23) Cf. II *Io.* 7, 9.

(24) *Act.* 20, 30.

(25) *Mat.* 7, 15-20.

(26) Cf. *Decr. Apost. Act.* 7, 13, 24.

(27) *Enarc in Ps.* 103; *Sermo* 1, 19; *PL.* 37, 1351.

(28) Cf. Exhortación Apostólica *Postrema sesio*, 4 noviembre 1965.

(29) *Ef.* 3, 20-21.

LA DEFENSA DE LA FE EN LOS ALZAMIENTOS MACABAICOS

VERDADERO MOVIL DE ESTAS LUCHAS

**ALZAMIENTOS
MACABAICOS
SON LUCHAS
DEL PUEBLO
CRISTIANO
EN DEFENSA
DE LA FE.
TOMAN
ESTE NOMBRE DE
JUDAS MACABEO,
EL ISRAELITA
FIEL,
QUE SE SUBLEVO
CONTRA
LA DOMINACION
SIRIA.**

Cuando Matías se rebeló y mató a un judío y al legado del rey Antíoco fue porque quisieron obligarle a renegar del culto de sus mayores y sacrificar a dioses falsos. Hasta este momento se había limitado a soportar la dominación extranjera; no había emprendido ninguna acción violenta para sacudirse el yugo de los antíocos.

* * *

D'Elvée fue uno de los caudillos del alzamiento de La Vendée en 1793. Hecho prisionero por los republicanos a causa de las heridas que le impidieron huir fue torturado y finalmente muerto. De sus mismos enemigos nos han llegado transcritas sus últimas palabras: "Aunque mis preferencias políticas eran por un gobierno monárquico, juro que jamás me hubiera levantado contra la república si ésta no hubiese atacado a lo, para mí, más sagrado: La religión católica. Es para defenderla que me alcé en armas y doy mi sangre".

Contra una interpretación política del alzamiento vendeano hablan también los juicios de muchos republicanos que coinciden en afirmar que el verdadero error de la república fue el proclamar la Constitución Civil del Clero, es decir el ataque a la religión católica.

* * *

La guerra cristera mejicana de 1929 difícilmente puede ser tildada de tener raíces políticas. Precisamente si algo les faltó a los cristeros fue un programa político que ofrecer en caso de triunfo.

* * *

Las guerras carlistas españolas brillan también en el firmamento de la historia por su carácter netamente macabaico. No fueron hechas por hombres movidos por afán de riquezas, resentimientos, o conciencia de clase. Los carlistas no dieron su sangre, tampoco, por un legitimismo fanático, como, a decir verdad, tampoco los isabelinos (por lo menos los que sabían lo que hacían). No se luchaba y moría por D. Carlos o D.^a Isabel, por un candidato o por otro... sino por Cristo o la Revolución.

* * *

En una encuesta a siete personajes del carlismo, publicada en Familia Nueva, se llegaba a la conclusión de que el ser católico no es algo esencial para ser carlista.

Esto supone dos cosas:

Por una parte un craso desconocimiento o desprecio de la historia que aplastantemente prueba que el celo por la religión fue siempre el primero y principal motivo de todo alzamiento macabaico.

Por otra, sustituir este motor por otro, el marxista, que impulsa todos los movimientos revolucionarios contemporáneos.

La revolución burguesa luchó en lo político por el triunfo de sus principios anticristianos. Los católicos liberales la apoyaron. Los hijos o nietos de aquellos liberales, arrastrados ahora por el vértigo de la aceleración de la historia, llevan a cabo la revolución socialista o económica contra la burguesía. Al hacerlo algunos pretenden apoyarse en aquellos que antaño lucharon ya contra la revolución burguesa invocando aquello de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Para poder predicar esta síntesis es imprescindible hacer olvidar el auténtico motivo de aquella secular lucha. En una trágica pero real inversión de las mentes, algunos han llegado a “ver” que ni esto es necesario, porque en el propio socialismo se da la auténtica lucha cristiana. Es decir, se invita a los cristianos a alzarse macabaicamente por la construcción de la ciudad terrena edificada sobre el orgullo de una redención buscada por el hombre en el horizonte de su finitud elevada al rango de divinidad...

* * *

A éstos les recordaremos que en la lucha de la “bestia” y la “mujer” **no estamos invitados a participar. El apoyar ahora — por exigencia cristiana — a la “bestia” (comunismo) contra la “mujer” (capitalismo) no es trabajar por el Reino de Cristo; es apoyar al mal contra el mal. Es trabajar por un mal peor que el que ya teníamos.**

Nosotros adoptaremos la actitud que la Escritura aconseja: Cuando la “bestia” destruye a la “mujer” los “santos” deben alegrarse. Y esto por dos razones: Porque habrá sido humillado todo el orgullo de la tierra, y porque este triunfo del anticristo preanunciará su próxima derrota y el triunfo del Reino de Cristo.

CARLOS MAS DE XAXARS GASSÓ

UNA INTERPRETACION MARXISTA DE ESTAS LUCHAS, PRETENDE REDUCIRLAS AL ESQUEMA DIALECTICO EN PROVECHO DE LA REVOLUCION

CONSEJOS DE MATATIAS, PADRE DE LOS MACABEOS, EN SU LECHO DE MUERTE

«Ahora domina el orgullo y el castigo, es tiempo de ruina y de ardiente cólera. Ahora, hijos míos, mostraos celadores de la Ley y dad vuestra vida por la alianza de nuestros padres... hijos míos, sed fuertes y combatid vigorosamente por la Ley que por ella seréis glorificados... y vosotros atraeos a todos los observantes de la Ley y vengad severamente a vuestro pueblo, devolved a los gentiles su merecido y observad los preceptos de la Ley».

I Macabeos, 2, 49-68

NOSTRE GRAN AMIC ES NAT I ADORAT



*De nit, l'estelada volta del desembre
acull el Sol esperat de temps antic.*

*Un nin rosset et somriu dalt del pessebre,
ja tens tremolós de fred ton Gran Amic.*

*Mira com deu de ser de gran eixa grandesa,
que fins reis, prenent per guies les estrelles,
venint d'orient, proclamant l'avinentesa,
feriran a la supèrbia les orelles.*

*J és tan amic i amb tan gran amor t'abraça,
que fins i tot aquest pobre vell pastor
s'atansa al rebrot del tronc de nostra raça,
i es commou d'adorar Déu tant petitó.*

M. M. DOMÈNECH

Barcelona, Reis de 1974.

EL CREPUSCULO Y LA NOCHE*

“Todavía por un poquito tiempo tenéis luz en vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, ya que el que anda en tinieblas ignora a dónde va. Mientras tenéis luz, creed a la luz, para que os convirtáis en hijos de luz” (Juan 12, 35-36).

Mientras gozamos todavía de la enseñanza del Papa, las tinieblas no son absolutas: estamos más bien en la hora crepuscular de que habla Jesús en el Evangelio. *La noche llegará cuando nos quedemos sin Papa que nos oriente; mejor dicho, cuando, surgidos antipapas con enseñanzas divergentes de las del verdadero Papa, nos quedemos sin saber quién es el verdadero, a quien hemos de obedecer como a Pastor, ya que todos los medios de propaganda, como mundanos y enemigos de Cristo, harán por persuadirnos de la legitimidad del falso papa. Jesús nos advierte de la importancia de aprovechar bien la luz de este crepúsculo para prepararnos a pasar bien la noche, sin tropezar durante ella.*

El Papa podrá ser el “Papa triste” como le llama el pueblo; triste cuando se siente obligado a seguir la moción divina en el ámbito en que tiene asistencia infalible—no se olvide que hasta los mayores santos resistieron al Espíritu Santo cuando les impulsaba a las alturas—; triste también cuando se siente cribado por el poder maligno, ya que nadie, y menos el Papa, puede complacerse en ser dominado por Satanás. Es la pasión del Papa, su martirio, en el que se santifica y depura, como Pedro en la Pasión; poco importa que esos sufrimientos se deban, en gran parte, a su cobardía, temor e indecisión; por temor cayó Pedro, y no por eso le amó Jesús menos, ni por eso contribuyó menos su caída a su santificación; las lágrimas depuran siempre: “bienaventurados los que lloran”. Hemos de pedir y esperar que un día se sobrepondrá a sus temores como Pedro, afrontando el martirio; su triunfo luminoso en ese martirio señalará el comienzo de nuestras tinieblas, de nuestra noche.

Entretanto aún podemos caminar, progresar. Progreso doctrinal con su enseñanza; baste pensar tan sólo en el formidable avance de la teología mariana con el Credo del Pueblo de Dios, en el que se precisa de tal modo la maternidad de la Virgen María que nadie se justifica si no es por su acción, ni nadie progresa en la vida sobrenatural sin esa misma acción, lo que implica que ningún acto meritorio podemos hacer

si no es por Ella y con Ella, ni ningún sacramento podemos recibir si no es de sus manos; como el niño en el seno de su madre, así nos estamos formando nosotros hijos de Dios en el seno de María.

Pero con ser tan importante, no es el progreso doctrinal lo que más nos interesa en la hora crepuscular. Lo que en ella interesa sobre todo es prepararse bien para pasar la noche, haciéndonos hijos de la luz, para que nuestra fe no desfallezca en la hora de tinieblas.

La hora crepuscular de la Iglesia nos evidencia cual ninguna otra, con el milagro patente de la asistencia divina en el aspecto doctrinal, que la enseñanza dogmática y moral de la Iglesia es válida para siempre, sin que pueda mudarse contradiciéndose con la anterior, aunque pueda progresar homogéneamente dentro de la misma línea. El que atendiere a esto, se maravillará de la amorosa providencia divina, que quiere este crepúsculo para darnos ocasión a prepararnos a pasar bien la noche, y ya nada le escandalizará de cuanto pasa. Antes bien se aplicará con simplicidad a adherir a toda doctrina dogmática y moral de la Iglesia hasta hoy recibida, sabiéndola verdadera e inmutable.

Con esa adhesión humilde e inquebrantable se hará hijo de la luz; llevará dentro de sí mismo la luz, que ninguna tiniebla podrá ofuscar, cumpliéndose en ella la descripción de San Juan de la Cruz: “Sin otra luz ni guía, sino la que en el corazón ardía; aquesta me guiaba más cierto que la luz del medio día, a donde me esperaba quien yo bien me sabía, en parte donde nadie parecía”; *si la noche será de apostasía para quienes pierdan su fe por no haberse convertido con sencillez y humildad en hijos de la luz durante el crepúsculo, será de santidad extraordinaria, de misticismo y de martirio para cuantos hayan aprovechado ese crepúsculo para hacerse hijos de la luz.*

Esa luz interior, durante este crepúsculo encendida, consistente en la adhesión humilde y rendida a toda la doctrina por la Iglesia enseñada a lo largo de los siglos, y por eso no subjetiva aunque interior, quizá no nos baste para discernir cuál es el verdadero pastor. Pero sí nos descubrirá los falsos; todo el que nos enseñe algo contrario a lo que en la hora crepuscular hemos contemplado como enseñanza legítima de la Iglesia, no será pastor aunque la prensa y los medios de comunicación nos lo presente como verdadero papa, o verdadero obispo; será lobo disfrazado de piel de oveja. Y así, en la noche que se acerca, nada podrá hacer vacilar nuestra fe.

* Capítulos IV y V del libro “La Pasión de la Iglesia”, de Antonio Pacios, M.S.C.

Respecto a nuestra actitud durante la noche misma que se acerca, Jesús nos advierte que en la noche nadie puede obrar; es la hora del descanso en paz, rodeados de los bienes y comodidades durante el día reunidos. El hijo de la luz, durante ella, se limitará a gozar de las verdades hasta entonces adquiridas y enseñadas por la Iglesia, sin querer avanzar ni progresar en ellas; es la hora de dormir y descansar en brazos del Padre celestial, no de obrar. Por eso no hará caso de todas las novedades, reformas y progresos que el mundo le ofrezca; y cuando surjan los pseudocristos y seudoprofetías, de cuya venida nos previno Jesús, recordando las palabras del Maestro, no sentirá curiosidad alguna para escucharlos, satisfecho con la riqueza interior de su fe. La confusión y estrépito de ideas no turbará su sueño ni su reposo, ni aun el martirio mismo, que ordinariamente le consumará en el amor, le hará perder su paz.

Y cuando el culto panteísta a la humanidad, que hoy vemos crecer y proliferar para satisfacción de sus dirigentes que se sienten dioses, culmine en la adora-

ción personal del Anticristo (2 Test. 2,4), él seguirá adorando a su Dios y Redentor Cristo Jesús, en la luminosidad de su fe interior. Y aunque las calamidades que aflijan a un mundo separado de Dios le afecten también a él, y las sufra igual o más que los demás, tampoco eso turbará su paz, porque confía en el Señor y Redentor, al que sabe Dios de amor: “cuando su ira se encendiere de repente, dichosos todos cuantos en El confían” (Salmo 2,13).

Es la dicha del que sabe que se acerca su redención definitiva, con la implantación del Reino de Cristo al que por su fe ya pertenece: “Cuando viereis que todos estos signos empiezan a cumplirse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención” (Lc. 21,28).

¡Qué hermosa y provechosa se presenta así al creyente humilde esta hora crepuscular que le prepara para la noche en que se asocie a la pasión de Cristo para participar del triunfo de su resurrección y de su gloria!

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

“El milano en el cielo conoció su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña observaron el tiempo de su venida; más mi pueblo no conoció el juicio de Dios” (Jer. 8,7); “Sabéis de antemano el tiempo que va a hacer por el aspecto del cielo, ¿y no sabéis conocer los signos de los tiempos?” (Mt. 16,4); “Cuando viereis que comienzan a verificarse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Y díjoles esta comparación: mirad a la higuera y a todos los árboles: cuando hacen brotar su fruto, sabéis que ya está cerca el verano; así también, cuando veáis que suceden estas cosas que os he anunciado, sabed que está cercano el reino de Dios” (Lc. 21, 28-31; cf. Mc. 13, 28-30; Mt. 24, 32-33).

Se ha insistido mucho en la aserción de Jesús, de que nadie conoce el día y hora de su venida, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo el Padre (Mt. 24,36; cf. Act. 1, 6,7), sacándose como conclusión errónea que es inútil pensar en ese día.

Pero es evidente que el mismo Jesús nos exhorta a estar a él atentos, y a discernir los signos que lo preceden y muestran inminente. Tampoco nadie sabe el día y hora exactos de su muerte, pero ordinariamente

hay no pocas señales de su proximidad que nos deben incitar a prepararnos a ella.

Por otra parte, la incertidumbre del día y hora exactos de su venida — tanto la particular a cada uno en la muerte, como la colectiva al final de los tiempos para todos —, nos debe hacer permanecer en vigilancia, no retardando nuestra conversión (Luc. 21, 34-36). Nada perderemos por considerar inminente su venida, si esa consideración nos indujere a la vigilancia — que el Señor deseaba ya de sus oyentes de entonces —, ya que el fin de los tiempos nos encontrará en el estado en que nuestra muerte o fin particular nos sorprenda; pero mucho nos dañará el vivir descuidados por ignorar los signos de los tiempos, cuya consumación nos sorprenderá entonces como un lazo. Jesús lo compara al diluvio: éste cogió de sorpresa a cuantos habían perdido la fe en Dios, incapaces de ver los signos que lo anunciaban; pero no sorprendió a los que aún creían; así la venida de Cristo cogerá de sorpresa a cuantos no crean en El ni en sus palabras; más no podrá sorprender a los que tienen fe en El.

No pretendemos ser profetas, ni verdaderos ni falsos, sino simples creyentes en la palabra de Jesús. La

fe en esa palabra nos ofrece una serie de signos que simplemente proponemos al lector; ellos son luz para el creyente, le orientan en la confusión presente, y le llenan de confianza y optimismo, porque se acerca su redención.

1. “Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que se cumpla el tiempo de las naciones” (Lc. 21, 24; Rom. 11, 25-32). Por primera vez tras casi dos mil años, Jerusalén ha sido dejada de dominar por los gentiles, desde hace dos años; pasó, pues, ya el tiempo de las naciones — los indicios de cuya desintegración son cada día más evidentes —, nos acercamos al término de la historia y a la consumación de los siglos; caminamos hacia el imperio mundial, bajo el signo del Anticristo, mera y breve etapa de tránsito para ser sustituido por el Reino de Cristo, con la consumación de nuestra redención — reino por el que preguntan los apóstoles, sin que Jesús les desengañe, en Actos, 1, 6 —.

2. *La gran escisión.* A la segunda venida de Cristo ha de preceder la del Anticristo, y una gran escisión en la Iglesia que preparará y acompañará la revelación del Anticristo, con toda clase de poderes y signos aparentemente milagrosos, para que pueda seducir a cuantos no estén firmes en la fe (2 Tes. 2, 3-11).

El Papa ha hablado recientemente de un fermento de cisma existente en la Iglesia: cisma, pues, ya existente, aunque todavía no manifiesto. En realidad ese fermento consiste principalmente en el antropocentrismo: hasta los ciegos pueden ver en cuán amplios círculos se quiere poner como término último de la religión al hombre, desvaneciéndose el culto a Dios, quien, de existir, no tendría por él interés alguno. Más si el término de la religión es el hombre, el hombre es Dios; estamos en pleno panteísmo, aunque todavía larvado; panteísmo que, por el orgullo que entraña — el hombre no sólo niega a Dios, sino que se convierte en Dios es mucho peor que el ateísmo.

Más el hombre común es demasiado limitado para poder creerse Dios. Si ha habido filósofos que se lo han creído, sus teorías eran meros sueños en que se mecían, y que bien poco daño hacían a los demás. Hoy se quiere negar la limitación del hombre confundiendo su individualidad en la *humanidad*, cuyo progreso carecería de límites, y que en sí misma sería un Dios evolutivo que cada vez toma más conciencia de sí mismo.

Naturalmente, la humanidad abstracta no es sujeto de nada, ni siquiera del orgullo panteísta. Los verdaderos sujetos de ese orgullo son los dirigentes secretos de esa humanidad que, apoyándose en los demás bajo título de amor y preocupación laicos, sólo buscan su

propia satisfacción, su deificación; la humanidad es para ellos el complemento que disimula su limitación individual. Pero ese número se reducirá cada día más, hasta centrarse en un solo individuo, el Anticristo, que, dueño del mundo y de todos sus recursos, se hará adorar como Dios.

Ha habido muchos anticristos; pero así como todos los cristianos somos Cristos por nuestra participación de la bondad y divinidad del Cristo individual, así cuantos se oponen a Cristo han sido anticristos por participación del individuo Anticristo por antonomasia, que resumirá en sí y como condensará toda la maldad y el orgullo humano, haciéndose adorar como Dios en el templo — a lo que parece, el templo de Jerusalén reconstruido —; el panteísmo, cuyo fermento constatamos de presente, habrá alcanzado entonces su término lógico: el Anticristo, que se hará adorar y que considerará a todos los demás hombres como mera proyección e instrumento de su poder.

La ciencia, cada vez más de minorías y secreta, acabará estando toda a su servicio, permitiéndole las maravillas de que habla San Pablo, con que seducirá a los incautos que no están en el secreto.

Sólo podrá salvarnos entonces la fe sencilla y exenta de toda curiosidad, en la que ya ahora debemos ejercitarnos; surgirán por doquier muchos seudocristos y seudoprofetos, nos dice Jesús — y cuántos están surgiendo ya es bien visible —, que preparan el camino del Anticristo; si nos dicen que están en la plaza, no hemos de ir a verlos; si en la calle, no asomar a la ventana; si han entrado en nuestra propia casa, no ha de hablarse con ellos. Así lo dice Jesús, y uno se pasma del olvido de tantos que se precian de recibir y discutir en su casa con cuantos emisarios les son enviados para arrancarles la fe.

3. Indiquemos tan sólo algunos otros signos de fuente eclesiástica: la impresión de Pío XI en la Encíclica “*Miserentissimus*”; la expresión de Pío XII acerca de la nueva primavera de la Iglesia que se aproxima — su interpretación nos la da el evangelio: “cuando vierais que la higuera da su brote, sabéis que está próximo el verano” —; el Credo del Pueblo de Dios de Pablo VI, en que aparece actualizada como nunca la tensión de la Iglesia hacia la venida y reino de Cristo; la petición apocalíptica que se ha hecho rezar al pueblo cristiano en los nuevos cánones, tras la consagración “Ven, Señor Jesús”, y la esperanza urgente de esa venida gloriosa que expresan esos mismos cánones “mientras esperamos su venida gloriosa” “anunciamos tu muerte hasta que vuelvas”. Todo muestra que la Iglesia ha avivado recientemente como nunca la esperanza urgente, el pensamiento vivo, de la segunda veni-

da, para que se piense en ella por parte de todos los fieles.

La falta de espacio nos impide extendernos más. Sólo recordaremos la declaración firmada por Conchita González, ahora menos increíble, de que la Virgen le dijo que ya sólo quedaban dos papas hasta la consumación de los siglos o fin de los tiempos; la profecía de San Malaquías deja aún cuatro; pero como pone no sólo a los papas sino también a los antipapas, y de éstos seguramente habrá en la gran escisión, no hay

en realidad oposición alguna entre esta profecía tan discutida y las palabras de la Virgen María a Conchita de Garabandal.

La conclusión es clara: estar a la espera vigilante y en oración, hasta que llegue la luz del Señor, evitando todo contacto que pueda empañar nuestra fe; dichoso el siervo a quien cuando viniere su Señor lo encontrara vigilando. Si en algún tiempo hemos de evitar el contagio del mundo y el engolfarnos en su admiración, es precisamente este en que estamos.

ANTONIO PACIOS M.S.C.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXIV

LOS PISTOLETAZOS DE SARAJEVO

1914 Psicosis de guerra

A todo cuanto hemos ponderado en nuestros artículos anteriores, vinieron a unirse, en 1914, diversos hechos y situaciones críticas — resultados, a su vez, de tantas causas anteriores ya estudiadas, y causas inmediatas, a su vez, de otras nuevas, que, cual bola de nieve, se iban acumulando —, que, en realidad, tenían a Europa en la boca del volcán. ¿Qué de extraordinario tenía que sobreviniese la temida erupción? Enumeremos de nuevo los principales factores que incubaban, latentes, la próxima catástrofe.

La rivalidad anglo-alemana

Ya hemos visto, y lo vamos a repetir, que entre todos, era éste el factor más tremendo, el motor del inmediato cataclismo.

“Made in Germany”. Gracias a la técnica, a la laboriosidad germanas, las mercancías provenientes de Alemania estaban invadiendo todo el mundo, desplazando a las inglesas, incluso dentro de la inmensidad

geográfica del Imperio (1/3 parte del Globo) que la egoísta Britannia se había reservado cómodamente para sí. Inglaterra, la vencedora del viejo Imperio español, y del más reciente de Napoleón, se enfrentaba con un naciente coloso que ya le hacía sombra en la nueva modalidad que daba nuevo tono a la humanidad en los siglos XIX y XX: en la Economía.

Más no era tampoco solamente en la Economía: era en los mares. Inglaterra ya no tenía sólo la clásica preocupación de siempre: la de organizar, tras el seguro telón de las olas y del canal de La Mancha, una coalición (con sólo el problema de hallar soldados terrestres), contra el hegemónico poder continental de turno, llámese éste España, Francia, Rusia o ahora Alemania. Si Alemania hubiese sido, como de costumbre, no más que dicho coloso de tierra, de turno, la vieja Albión no hubiera tenido más que recurrir a la vieja tradición de los Pitt o de los Palmerston. Una vez más, pero ahora Alemania no se contentaba con ser el gigante del Continente: quería serlo del Mundo, y para ello, además de ser oso, o león, aspiraba a ser ballena. El ataque era contra el corazón de Inglaterra. Nelson podía hallar su réplica. La nueva y flamante flota alemana — amparada en una industria, en una técnica y en una

ingeniería maravillosas — amenazaba con equipararse a la británica. Por ello el problema que se presentaba a Albión era el mayor de toda su historia: era doble. Era no sólo terrestre: era, también, universal por lo marítimo.

Quien conoce a Inglaterra y a los ingleses, no podía esperar otra cosa: “Delenda est Germania”. Inglaterra no retrocedería ante nada, ni ante el crimen, para aniquilar a su rival. La lucha sería a muerte.

La “revanche” francesa

Del odio existente entre Francia y Alemania ya hemos hablado largamente para haber de repetirnos, así como de la culpabilidad de ambas Naciones, igualmente pecadoras en su soberbia diabólica, en su patriotismo chauvinista, que había de llevar Europa y al occidente cristiano a la matanza.

Al entrar 1914 (mejor dicho, en 1913-14) aparece la figura que, a nuestro entender, personifica el maldito orgullo francés en el máximo grado: Poincaré. Ninguno, ni el mismo Clemenceau, son un símbolo tal del espíritu de soberbia y de venganza que animaba a Francia. Y lamentablemente era tal, que es triste ver que tal figura mancomunaba católicos y protestantes, honestos y deshonestos, hombres píos y masones, derechas e izquierdas, conservadores y revolucionarios, ante el Moloch de la Patria exagerada y monstruosa, en un afán de odio y de venganza contra el odiado alemán. Una “Unión sacrée”, cuya razón no era ni la justicia ni el bien, sino la ira.

Apoyado por todos, desde los legitimistas y los monárquicos hasta los extremistas más radicales, Poincaré actuó, desde la Presidencia de la Nación, en realidad, como un jefe de Gobierno. Sus distintos jefes y Gobiernos que se iban sucediendo, no podían sino doblegarse a la tendencia de la Nación que quería la “Revanche” de 1870, que quería matar alemanes; y así se llegó al establecimiento de la ley de los 3 años de servicio militar y a una Francia armada hasta los dientes. Entre tanto, Poincaré organizaba el mejor equipo diplomático que haya jamás tenido Francia: embajadores maravillosos, que sembraron la cizaña en todas partes con habilidad suma. Los hermanos Cambon en Londres y en Berlín; los Barrère y los Paleologue (Roma, S. Petersburgo), por no citar tantos otros. No se ahorrraba dinero para pagar la prensa; la organización de la “francofilia” se extendió a todo el mundo. Y así llegamos a Junio de 1914 con un Gobierno más o menos “marioneta”: el de Viviani. En realidad, era Poincaré y los revanchistas quienes mandaban.

La torpeza alemana

Y del lado alemán, lo mismo.

No se crea que la dura crítica que acabamos de hacer de Francia, sea por germanofilia.

Los mismos pecados; el mismo orgullo diabólico, el mismo patriotismo agresivo y homicida, hemos de cargarlo a Alemania y a los alemanes, hecho más visible, además, por cuanto si los franceses saben obrar — y los ingleses mucho más — con habilidad e hipocresía, los alemanes se distinguen por su brutalidad a menudo. El Moloch alemán, no es menos culpable de la horrible matanza que el francés.

Muy inferior a la francesa, la diplomacia alemana, sin embargo, llevaba años perdiendo terreno; desde Algeciras, desde Agadir, desde todos los incidentes marroquíes, se registraban victorias debidas a la habilidad gala, y retrocesos originados por la pesadez teutona.

Ello tenía en vilo a la soberbia tudesca, la cual, a su vez, sólo soñaba con imponer su “diktat” a Europa.

¡Tiene mucho que agradecer Europa a estos tres grandes Países, que mimados por la Providencia, tenían las riendas del Mundo y acaparaban todo su porvenir y sus riquezas, Inglaterra, Francia, Alemania! ¡Su triple orgullo, su chauvinismo, fueron los que hundieron a Europa, en lugar de haber sido su guía, su orientación, como correspondía ser a britanos, galos o germanos, los hermanos mayores y tutores del Occidente cuyo ocaso se provocaba!

¡Aquel maldito patriotismo chauvinista!

Hoy se habla mucho de Paz, y no sin motivo, todo al contrario. Nada preocupa tanto como este problema magno de almas y cuerpos.

Sin embargo, permítasenos decir que, en 1914, aún debiera haberse hablado — y entonces no se hacía — mucho más de la Paz que ahora.

Al fin y al cabo, actualmente, la Paz no depende de los fieles cristianos, ni tampoco puede ser abrazada ciegameamente por los Estados Unidos, por ejemplo, que providencialmente (como diría De Maistre, cuando estudiaba el “autamatismo” de las coaliciones de unas naciones contra otras, especialmente contra las que se erigen en tiranas), bien o mal, con todos sus defectos, son el único telón, la única defensa humana y material que tenemos contra la que ya se hubiera producido, invasión de rusos o de chinos, y liquidación de los poco que queda de Europa y del Mundo, más o menos bueno o malo, pero mediano al fin, que llamamos “libre”. De no estar la Flota yankee (y adrede decimos

“yankee” pues sabemos que este calificativo molesta a los “chauvinistas” pedantes europeos) en el Mediterráneo, sólo veríamos ya en él — y anotémoslo, nosotros, barceloneses — naves soviéticas.

Pero entonces, en 1914, el panorama mundial, la diplomacia mundial era, en el fondo, mil veces más indecente que en la actualidad. He aquí algo que extrañará al lector. Pues bien: ¡es así! Lo afirmamos.

Hablamos en 1970 de Paz, y con motivo, pero olvidamos, en ocasiones, que los pobres muchachos americanos, bien o mal, a su manera, defienden unas últimas esencias de libertad (más o menos dudosa) o de convivencia, en el calumniado Viet-Nam.

En tanto que, en 1914, en una Europa aún feliz, fruto de veinte siglos de civilización, con unas Cortes e Instituciones brillantes, solamente por orgullo diabólico, por soberbia, el más refinado de los pecados capitales, Inglaterra la primera, y luego Francia y Alemania las segundas, y con ellas, hombres piadosos, conservadores, derechas, izquierdas, revolucionarios y masones, anarquistas, todos unidos en la “Unión Sacrée” de la locura patriótica, sólo soñaban en la Guerra, en la explosión de ira, que les llevaría a aniquilar al vecino. E Inglaterra liquidaría a sus rivales: “Rule Britannia”!; y Francia se vengaría “Allons enfants de la Patrie!” y Alemania implantaría su ideal racial sobre las razas inferiores; “Deutschland uber alles”! Mas cómo lograrlo todos a la vez sin aniquilarse.

Y este fue el tremendo pecado de aquellos orgullosos hombres de la “Belle Epoque” que nosotros llamamos la época del odio y de la guerra por antonomasia, más que la actual aún, la época de los Jorge V, de los Grey, de los Asquith, de los Poincaré, de los Clemenceau, de los Guillermo II, incluso de ciertos nombres que veneramos, de los Foch, Joffre, Hindenburg o Ludendorff...

Y Rusia

El funesto ejemplo dado por los 3 grandes Países rectores del mundo en su época, Inglaterra, Francia, Alemania, arrastraba a los demás como no podía menos que ser.

Hablar de patriotismo, o de conciencia orgullosa, pecadora, profunda, nacional, es exacto — y siempre fenómeno, aún hoy, hartamente poco conocido y estudiado — en Inglaterra, en Francia y en Alemania. En aquella civilización refinada, el hombre, “feliz y pecador”, como en el Paraíso, al no querer a Dios, había de caer — porque el hombre es tan poca cosa, que necesita asirse en algo — en el ídolo más asequible, más cerca

suyo, y que mejor interpreta su soberbia: la Patria mal entendida, como acontecía en aquellos tres grandes Países. La Patria, que, como hemos dicho, concertian en ídolo, en Moloch.

Pero ya no es tan exacto hablar y lamentarse de este patriotismo, que tantos crímenes causó, en los demás países, y menos en aquella época.

El inglés, el francés, el alemán, eran felices nativos de Países mimados por todas las fortunas, por todos los refinamientos, por todas las tradiciones incluso — y todo con bien mala correspondencia a la Provincia. Al no querer a Dios, era su camino nefando el caer en la idolatría, y, de todas ellas, la que tenían más a su alcance (quien no se acoge a Dios se acoge a un fetiche) era, por visible, su Patria, asimilada a su propio orgullo y ambición.

En los demás países, la cosa era bien hartamente distinta, sin embargo.

Hablamos de Rusia: ¿Que sentimiento mancomunado de patria podía tener el pobre mujik bajo el látigo estepario tradicional, o todo aquel “caravanserail” de razas que se extendía desde Polonia al Pacífico a través de los Urales y de Siberia? Pero también había su “chauvinismo”.

Fruto era ello del mimetismo natural: camarillas “chauvinistas”, de políticos, de militares, de popes e incluso, aún cuando sea paradójica, de revolucionarios y de la misma “intelligentzia”. También un pseudopatriotismo creaba un partido fortísimo, pro-bélico, en Rusia, que el reciente fracaso de la lucha con el Japón no había hecho sino exacerbar. Y en la embriaguez coincidían con los grandes Duques y nobleza inconsciente, toda una burocracia, un funcionarismo y hasta una diplomacia bastante notables, con ministros y diplomáticos como los Sazonow, los Iswolski (éste último uno de los grandes fautores inmediatos de la gran Guerra, como Embajador en París), y tanto otros que podríamos citar.

Y la pobre Austria-Hungría

Metida en el potro, puesta en la rueda, la pobre y pacífica Doble Monarquía danubiana, tal como hemos descrito en nuestros capítulos anteriores, se hallaba ante tremendos problemas, todos ellos causados, desde luego, por la ingerencia ajena. Aquí sí que toda alusión a conspiraciones internacionales, sectarismos, complots, está, no solamente justificada, sino abonada y comprobada por la Historia.

Ya hemos visto que la constante ingeniería de Rusia en los Balkanes no había de dejar un momento

en paz a Austria-Hungría, que, naturalmente, no podía menos que velar sobre la seguridad de sus amplias fronteras del Sur, lindantes con Países de tan mal vivir, tan salvajes e indomables.

Hemos visto igualmente el tremendo problema interior planteado por la naturaleza compleja de los tan variados Estados, razas y Países que componían los del Imperio Austro-Húngaro, dividido sustancialmente en las dos metrópolis bicéfalas y coordinadas (dentro de su absoluta mutua autonomía) Austria (de raza germana), Hungría (magyar), y con los dos grandes Países eslavos Bohemia al Norte y Croacia-Eslavonia-Bosnia y Herzegovina al Sur (aparte de la Transilvania poblada por raza rumana, y provincias vénetas pobladas por italianos). Rusia, eterna enemiga, y sede de cuantos conspiraban contra el pacífico trono de Francisco José, alentaba y protegía a la salvaje Servia, que quería erigirse en "Piamonte" sudeslavo, y desde la cual bullían y accionaban todas las tentativas de desintegración del Imperio bicéfalo. Francia y Rusia animaban a Rumania, separándola de su antigua alianza con los Centrales, ofreciéndole la Transilvania. Inglaterra y Francia prometían a Italia la Venecia irredenta (Tieste y el Adige), y todos, como las brujas de Macbeth, susurraban a la ciudad de Praga: "tu serás, no ya bohemia, sino reina de Checoslovaquia...".

Hasta entonces, todas las luchas balcánicas — Estados marionetas luchando entre sí — no eran más que pequeños ensayos de guerra que efectuaban, "in anima vili" las grandes Potencias que actuaban tras cortina. Por ello, las guerras balcánicas, aún cuando tan peligrosas, no trastornaron, en definitiva, el equilibrio europeo. Servia luchando contra Bulgaria, era, en realidad, Rusia haciéndolo contra Austria, pero con la ventaja de que, en un momento determinado, se podía interrumpir la comedia, como así, bien o mal, se había logrado en 1913...

Más ahora era distinto.

Ahora era la pequeña Servia la cual ya sin rebozo,

sabiéndose apoyada por Rusia y por Francia, perdía el respeto, conspiraba, servía de refugio a toda suerte de agitadores (sus organizaciones, la Narodna Obrana, la "Mano Negra") que entraban y salían de los pacíficos Estados de Austria-Hungría. Y esto impudicamente, a la vista de todos.

¿Podía ello tolerarlo la Corte de Viena? ¿Es que tanto atropello consentido no había de acabar en desprestigio de la Doble Monarquía y provocar nuevas audacias de los extremistas?

Hasta que unos pistoletazos...

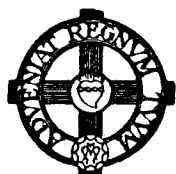
Hasta que el día — verdaderamente, fecha fatal en la Historia del mundo entero — 28 de Junio —, un "radiante domingo" — en Sarajevo, de Bosnia, los estudiantes Cabrinovic y Princip (el primero con una bomba, y el segundo con su pistola), asesinaron al Archiduque Francisco Fernando (y a su esposa), heredero del Trono Austro-Húngaro.

Nadie dudó, ni por un momento, que aquellas manos criminales obraban a impulso de toda una organización servia, y que, en definitiva, esta organización confiaba en la protección de la "hermana mayor" eslava, en Rusia.

Y ya tenemos a Austria-Hungría ante el dilema insoluble: o castigar a los culpables — que moralmente, y directamente, eran ya toda la Servia — y correr el riesgo de la intervención rusa, o sea el de la Guerra mundial como cadena, o callar una vez más, y dejar impune este otro atentado, que hubiera acarreado inmediatamente el desprestigio de la Monarquía Austro-Húngara y la disolución del Estado danubiano.

Terrible dilema. E insoluble. La conspiración, como tal, fue el mayor "éxito" de la Historia. La destrucción de la buena y vieja Europa quedaba asegurada, viniese lo que viniese.

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION FEBRERO

GENERAL: Que las nuevas condiciones sociales contribuyan a mejorar la vida de familia.

MISIONAL: Por la Iglesia en el Asia Oriental meridional.

¿DIVORCIO? ¿REFERENDUM?

Es bien conocida la cuestión que se plantea en Italia — y a la que el Papa se ha referido, bien dolorosamente, en sus diversos discursos de Navidad —, sobre el divorcio.

A la benemérita gestión de diversas voces, y sobre todo, Comités que se han constituido para combatirle, parece sumarse una nueva organización — que sólo conocemos en el momento de redactar las presentes líneas —, una “Alianza Católica”, especialmente potente y autorizada, con sede en Milán, y al parecer vinculada con la Universidad Católica del Sagrado Corazón de aquella gran Ciudad.

Le deseamos de todo corazón, y elevamos nuestras pobres oraciones, y pedimos las de todos, para que el éxito y la victoria coronen sus afanes.

* * *

Mas también, en este mismo momento, nos parece oír el comentario que surgiría, inmediatamente, de quien fue nuestro Maestro y orientador.

Repitamos que, en modo alguno, quiera verse en el nuestro la más ligera crítica al esfuerzo de nuestros hermanos de Italia. ¡Ojalá nos fuera dado poder colaborar con ellos y aportarles, siquiera fuese las más ligera ayuda!

Lo que aquí nos haría ver — una vez más — nuestro Padre y orientador, serían las aberraciones de la Democracia, tan adorada por muchos — y aceptable como mal menor, añadimos nosotros sin mayor reparo —, pero que — ¡siempre el problema de la “tesis” y de la hipótesis!” — al fin de cuentas nos conduce a tanta confusión y a conformarnos con tanta bajeza. Porque, en definitiva, es la Nación, la Italia democrática, la constituida en definitivo juez en la cuestión del Divorcio.

Si la mitad más uno de los votos de los italianos — o algo así, ya que desconocemos cual haya de ser, si se realiza, el mecanismo del Referendum en cuestión, ni hace esto al caso — se pronuncia en su favor, el Divorcio quedará constituido en una que podemos llamar

institución perfectamente legal, legítima. Si no, no. O sea que la mayoría de votos no sólo decide, sino que define que cosa es el bien y que cosa el mal.

No podemos menos de acordarnos — sin querer dramatizar, ni llegar a “trémolos” — la reflexión de nuestro gran Balmes, el cual, a pesar de ser siempre tan equilibrado, tan ponderado, tan enemigo de todo extremismo, no dudaba en plantear, con toda crudeza, esta cuestión: “¿Y si un día, por mayoría, saliese triunfante la opinión de restaurar los sacrificios humano?”. Salvemos la hipérbole, pero reconozcamos el fondo de la cosa. Volviendo a la que nos ocupa, es evidente que en ella es la mayoría de votos la que debe definir el bien y el mal.

* * *

Si se lleva a cabo el Referendum, necesariamente ha de registrarse uno de los dos resultados.

Si, por desgracia, vencen nuestros enemigos, los partidarios del divorcio, se producirá la necesaria catástrofe moral y social que acarrea. Y lo que es aún peor, la cristiana Italia habrá inferido a Dios y a su Iglesia gravísima ofensa.

Si, por fortuna, vencen los buenos, aún, en este caso, nos parece oír el que sería pensamiento y amarga reflexión de nuestro Padre. Hagamos, como él decía: “Demos un paso más”. Y dentro de lo mejor de los posibles.

Y nos haría ver que, aún en este caso, en definitiva, no será tal resultado sino un acatamiento al “supremo” juicio de la Democracia. Ella habrá sido la que habrá “definido” la indisolubilidad del matrimonio.

Y la habrá “definido” en el País centro geográfico del Catolicismo, transido de cristianismo, cuya historia y tradición están inspiradas y henchidas por miríadas de santos, de confesores y de mártires.

Y, sin embargo, Alguien mucho más alto que los humanos y que todas las Democracias, tenía zanjada ya, con autoridad divina, la cuestión, desde hace dos mil años.

Siempre habló nuestro Señor Jesucristo con breve-

dad y precisión. Mas en ninguna otra quizá se mostró tan tajante: "Por cuya razón dejará el hombre a su padre y a su madre, y juntarse ha con su mujer: y los dos no compondrán sino una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. No separe, pues, el hombre lo que Dios ha juntado. Después, en casa, le tocaron otra vez sus discípulos el mismo punto. Y Él les inculcó: Cualquiera que desechare a su mujer y tomare otra, comete adulterio con ella. Y si la mujer se apartare de su marido y se casa con otro, es adúltera. (Marcos 10, 7-12).

* * *

En nuestras páginas nos hemos hecho eco, frecuentemente, de la genial expresión de Donoso Cortés:

"Tanto ofende a Dios quien le condena como quien le absuelve".

¿Quién es la Democracia para juzgar lo que, Quien está por encima de todos, tiene ya juzgado?.

¡Ojalá sea nuestra la victorial repetimos. Pero pongamos las cosas en su lugar, y proclamemos la tristeza de haber de descender al palenque debiendo, siquiera de hecho, reconocer un Jurado que se irroga una autoridad que no posee. Por lo menos, que conste así.

Los católicos militantes italianos habrán merecido bien. Más no así la Democracia, aún en caso de fallo favorable a la indisolubilidad. Que aquí habrá ofendido a Nuestro Señor Jesucristo, como fatua que es, "absolviéndolo", es decir "dignándose" aprobar un fallo ya dictaminado desde la misma eternidad, por Quién es solo competente .

UN DISCÍPULO

EL MATRIMONIO, INSTITUCIÓN DIVINA

Y comenzando por esa misma carta, encaminada casi totalmente a vindicar la divina institución del matrimonio, su dignidad sacramental y su perpetua estabilidad, quede asentado, en primer lugar, como fundamento firme e inviolable, que el matrimonio no fue instituido ni restaurado por obra de los hombres, sino por obra divina; que no fue protegido, confirmado ni elevado con leyes humanas, sino con leyes del mismo Dios, autor de la naturaleza, y de su restaurador, Cristo Señor Nuestro, y que, por lo tanto, sus leyes no pueden estar sujetas al arbitrio de ningún hombre, ni siquiera al acuerdo contrario de los mismos cónyuges. Ésta es la doctrina de la Sagrada Escritura, ésta la constante tradición de la Iglesia universal, ésta la definición solemne del santo Concilio de Trento, el cual, con las mismas palabras del texto sagrado, expone y confirma que el perpetuo e indisoluble vínculo del matrimonio, su unidad y su estabilidad tienen por autor a Dios.

Pío XI, *Casti connubii*



LA PALABRA DE DIOS Y SUS EXIGENCIAS SOCIALES CON LOS NIÑOS

A la educación de los niños he dedicado varios artículos que más tarde recogí en mi obra en dos volúmenes "Culturas Bíblica y Religiosa". He insistido en la gravísima responsabilidad de los padres y de los que hacen sus veces, maestros, párrocos y el mismo Estado, al que interesa la formación religiosa, moral y científica de la infancia, para elevar el nivel de la cultura y el prestigio internacional de la nación.

Pero a llevar a cabo esta trascendental tarea está llamado todo ciudadano, que sea consciente de sus deberes y obligaciones como cristiano y como patriota. Los niños corretean por todas partes, por las plazas, por las calles, por el campo. Consciente o inconscientemente se introducen a veces donde no deben y observan con la curiosidad que les es propia, lo que sucede y se habla en bares, tabernas o salas de espectáculos peligrosos para sus años. Se les permite con asombrosa facilidad la entrada en cines cuando se proyectan películas aptas sólo para personas mayores. En la misma televisión, que ven en sus casas, o en la del vecino, hay espacios que no son para niños. Se dejan fácilmente en sus manos revistas ilustradas y cuentos, con anuncios que bien pueden calificarse como pornográficos. Si a esto se añaden las escenas de li-

bertinaje y gamberrismo, que se ven por nuestras calles, o se describen con morbosos detallismos en los periódicos, se comprenderán fácilmente las dificultades con que hoy tropieza la buena educación de la infancia.

Aunque no lo parezca, el impacto que el ambiente en que hoy se desenvuelve la vida del niño, es con frecuencia el origen de la pérdida de su inocencia. Es por lo menos un aliciente y pábulo a las inclinaciones malsanas de la concupiscencia, que empieza a despertarse en ellos y que si no se la refrena a tiempo, les arrastrará a su ruina moral. Es indudable que el comportamiento de las personas mayores con quienes conviven o rodean al niño, deja sus huellas en su tierna alma. El niño tiende a querer aparecer hombre antes de tiempo. Imita sus modales y sobre todo su modo de hablar y sus expresiones soeces impropias de una persona bien educada. La misma indiferencia y frialdad religiosa con que personas mayores hablan delante de los niños de las prácticas de la Iglesia y de sus sacerdotes, producen en sus espíritus desastrosos efectos y les van alejando poco a poco de las prácticas piadosas, que aprendieron en los primeros años de su niñez.

Cristo se manifestó por una parte cariñoso protector de los niños,

y por otra extraordinariamente severo con los que con su comportamiento o sus conversaciones son causa de su ruina espiritual. Las escenas que nos describen los Evangelistas son conmovedoras. En una ocasión le presentan unos niños para que pusiera las manos sobre ellos. Y abrazándolos, anota S. Marcos, les bendecía imponiendo sus manos sobre sus cabecitas. Otras vez llamó a un niño, le puso en medio de los que le escuchaban y poniéndole en sus brazos, dijo entre otras cosas: "Quien reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe. Pero quien escandalizase a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valiera que le ataran al cuello una piedra de moler de las que mueven los asnos y le arrojaran al profundo del mar" (Mt. 18, 5-7).

Con ocasión del escándalo dado a los pequeños, Jesús hace una severa amonestación sobre la gravedad de este pecado. "¡Ay del mundo por causa de los escándalos! No puede menos de haber escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien venga el escándalo!"

A defender y estimular la formación religiosa del niño estamos obligados todos. En primer lugar las autoridades civiles locales, a quienes corresponde vigilar el acceso de los niños a centros de diversiones peligrosas, cines, bares, salas de bailes, etc. y exigir el cumplimiento de las leyes o disposiciones establecidas por la Iglesia o el Estado. Será también muy valiosa la cooperación de las organizaciones de padres de familia, cuya finalidad primaria es defender y fomentar la formación cristiana de sus hijos. Finalmente, como indico al comienzo de este artículo, se trata de una cooperación cívica conjunta de todos, para que la generación que nos suceda se mantenga fiel a la ley de Dios y a las costumbres de sus mayores.

CON LOS JOVENES

Las costumbres del anciano reflejan la educación que ha recibido en los años de su infancia y adolescencia. *Si no cosechaste en la juventud ¿como lo hallarás en la vejez?* (Ecli. 25, 5). De ahí la trascendencia de la educación integral del adolescente. La historia y la experiencia cotidiana nos dicen que el joven que no se preocupa por su formación humana y científica y se deja arrastrar por el ocio, los atractivos y diversiones del mundo, o las algaradas callejeras, se verá más tarde desplazado por los compañeros de su edad, que supieron aprovechar el tiempo de sus estudios y renunciaron a muchos pasatiempos, dominando los ímpetus de sus pasiones.

El autor del libro de los Proverbios escribe su obra precisamente *para dar prudencia a los inexpertos, perspicacia y circunspección a los jóvenes* (1,4). Estos, faltos de experiencia y reflexión, necesitan guías expertos, que les enseñen a evitar las imprudencias, que pueden arrastrarlos a la ruina moral. Y ningún guía mejor que la palabra de Dios. *Hijo mio, desde tu mocedad date a la doctrina, y hasta tu ancianidad hallarás sabiduría. Allégate a ella como ara y siembra el labrador, y espera frutos, porque el trabajo te fatigará un poco, pero pronto comerás de sus frutos. Es muy duro para los indisciplinados, y el insensato no permanecerá en él* (Ecli., 6, 18-21).

Más adelante el mismo autor sagrado señala el camino, que él mismo siguió en los años de su juventud para no extraviarse y llegar a conseguir la verdadera sabiduría. En vez de perderse en el estudio de vanas y oscuras filosofías y fal-

tos sistemas sociales, se dedicó con todas sus fuerzas a investigar y adquirir la verdad inmutable. *Siendo joven y antes que me extraviase, me di a buscar sinceramente la sabiduría* (51, 18). Como fervoroso creyente acudió ante todo a la oración: *en mi oración la pedí* (v. 19), a la que unió su trabajo y esfuerzo personal (v. 15 s.s.). No dejó esta tarea para edad más avanzada: *haced vuestra obra a tiempo* (v. 38), dice a los jóvenes, sino que aprovechó los alegres años de su juventud para el estudio y el trabajo, esperando como el labrador los frutos de su siembra.

A esta formación integral del joven están llamados a contribuir los padres, quienes han de vigilar las inclinaciones de sus hijos en los difíciles años de la adolescencia, las amistades que cultivan, los libros que leen, los sitios de recreo que frecuentan y en caso necesario llamarles seriamente la atención sobre sus faltas con ánimo de que se corrijan a tiempo. *En su juventud, no le des largas y no disimules sus faltas* (30, II).

Esto no quiere decir que el joven renuncie a las diversiones honestas propias de su edad. *Alégrate, mozo, en tu mocedad, y alégrese tu corazón en los días de tu juventud; sigue los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos, pero ten presente que de todo esto te pedirá cuenta Dios* (Ecle II, 9). El autor sagrado invita al joven a gozar de los placeres normales y satisfacciones legítimas, que estén dentro de la ley moral. El pensamiento de que hay un juicio, en el que Dios nos pedirá cuenta de nuestras obras, será un estímulo para mantenerse alejado de los de-

leites prohibidos y de una vida desarreglada.

Para mantenerse dentro de los límites de la moral, es necesaria al joven la fortaleza de espíritu, para sobreponerse a la violencia de las pasiones. Y precisamente en esto está su gloria. *La fortaleza es la gloria de los jóvenes*, dicen los Proverbios (20, 29).

La revelación del Nuevo Testamento completa y perfecciona la del Antiguo. Una de las escenas más bellas que leemos en el Evangelio, es la de aquel joven rico, que preguntó a Cristo qué tenía que hacer para conseguir la vida eterna. Jesucristo le contestó: *guarda los mandamientos*. A lo que el joven responde: *todos los he observado desde mi infancia*. Este ingenua y sincera confesión conmovió el corazón de Cristo, quien fijó en él su mirada y dio muestras del cariño que hacia él sentía. Le invita con dulzura a un estado de vida más perfecto y a que le siga; pero aquel joven se marchó entristecido, porque estaba encadenado por el amor a las riquezas que poseía, que eran muchas (Mt 19, 16-30). Historia de muchos jóvenes de todos los tiempos, que seducidos por el amor a los bienes terrenos, no tienen valor para consagrar su juventud al servicio de Cristo y a la salvación de las almas. Por eso el Apóstol S. Juan felicita a los jóvenes cristianos, que con su fortaleza han vencido las tentaciones del enemigo y conservan el tesoro de la fe y de la gracia en sus corazones. *Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros* (I Jn. 2, 14).

CON LOS ANCIANOS

Se habla del día del abuelo. Yo le llamaría más bien *el día del anciano*, ya que algunos hombres y mujeres llegan a edad avanzada sin ser abuelos y merecen también nuestra veneración y nuestros obsequios. La Sagrada Escritura nos ofrece lecciones provechosas sobre nuestro comportamiento con los ancianos.

Ante todo, obligación sagrada de los hijos es acoger y cuidar con solicitud a sus padres, cuando llegan a la ancianidad, sobre todo si al peso de sus años se añaden flaquezas humanas, como el oscurecimiento de sus facultades. *Hijo, acoge a tu padre en su ancianidad y no le des pesares en su vida. Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente y no le afrentes porque estés tú en la plenitud de tu fuerza* (Ecli., 3, 14-15). Los hijos necesitan en los tiernos años de su infancia los cuidados solícitos de sus padres: de modo parecido los padres en su avanzada edad buscan el cariño y la asistencia amorosa de sus hijos. El autor de los Proverbios hace a este propósito mención expresa de la madre, equiparándola con la dignidad del padre, contra la opinión de los pueblos paganos, para los cuales la madre ocupaba en la familia un lugar muy secundario. *Cuando envejeciere tu madre, no la desprecies* (23, 22).

Los ancianos merecen el respeto de los jóvenes. *No faltes al respeto al anciano, que también ellos fueron jóvenes* (Ecli., 8, 7). La juventud, llena de energía física y de ilusiones, fácilmente se muestra desatenta con los de edad avanzada, sin caer en la cuenta de que los

ancianos pasaron también por los años juveniles y que estos se deslizan irremediablemente hacia la vejez. El respeto a los ancianos ha de mostrarse en estimar y seguir sus enseñanzas. *No desprecies las sentencias de los ancianos, que de sus antepasados las aprendieron ellos, porque así aprenderás doctrina y sabrás responder a tiempo oportuno* (Ecli., 8, 11-12). Los ancianos conservan en su memoria normas prácticas para la vida, que se han ido transmitiendo de padres a hijos y cuentan con el respaldo de la experiencia de muchos siglos. Hermosa lección para los jóvenes de nuestros días, que quieren tirar por la borda todo lo antiguo, sin considerar de antemano lo que nos va a quedar para el futuro.

En dos cosas sintetiza el autor sagrado la dignidad de los ancianos: en la experiencia de la vida y en el ejercicio de las virtudes, fundado en el temor de Dios. *La corona de los ancianos es su rica experiencia, y el temor del Señor su gloria* (Ecli., 25, 8).

El autor de los Proverbios compara a la juventud con la ancianidad. *La fortaleza es la gloria de los jóvenes; el ornamento de los ancianos, la canicie* (20, 29). El joven siente en sus venas el ardor de la sangre con el desarrollo de sus fuerzas físicas y le atraen las empresas arduas y difíciles; pero lo que más le honra es la fortaleza moral, a la que alude el autor inspirado. Ésta comunica vigor para dominar las posesiones entonces más violentas que nunca. En cambio el ornato del anciano es la blancura de sus cabellos, es decir, la santidad de sus costumbres

y la madurez de sus consejos. *Gloriosa corona es la canicie; es por el camino de la justicia como se obtiene* (Pr., 16, 31).

En la familia, ordenada según los principios de la ley de Dios, sus miembros forman una unidad social, en la que la virtud es honra y gloria de todos. *Corona del anciano son los hijos y los nietos, y los hijos honra de los padres* (Pr., 17, 6). Una descendencia numerosa es considerada en la Sagrada Escritura, como una bendición de Dios, premio de la virtud. El Salmista nos ha dejado una bella descripción poética de la felicidad de una familia numerosa, que vive ajustando sus costumbres a la ley de Dios. Los hijos serán como pimpollos de olivo enroscados al tronco familiar, formando como una escolta de honor en torno a la mesa de tu hogar. El tronco de la familia lo forman los ancianos, que han transmitido a sus hijos no sólo la vida, sino lo que más vale las bendiciones del cielo por el ejemplo de sus virtudes. *Tu mujer será como fructífera parra en el interior de tu casa. Tus hijos como renuevos de olivo en derredor de tu mesa. Así ciertamente será bendecido el varón que teme a Dios* (Sal., 127, 3-4). La felicidad aquí descrita es sobre todo terrena, conforme a la índole del Antiguo Testamento. La que se nos describe en el Nuevo, es mucho más completa y perfecta, sin excluir esta felicidad de que habla el Salmista.

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sda. Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas.

¿ANTICLERICALISMO?

Ha sido carburante de incontables polémicas el dilema clericalismo-anticlericalismo. Porque tiene aspectos vidriosos, permeables a tufaradas sectarias y también a intromisiones ilegítimas. Pero hay el peligro, no imaginario, que cualquier puntualización correcta e incluso sólida y teológica, sea calificada de anticlerical. Y por aquí llegaríamos a las conclusiones más estúpidas e insostenibles.

No fueron anticlericales santa Juana de Arco ni san Clemente María Hofbauer cuando se enfrentaron con los sofismas y silogismos falsos de sus jueces, la primera, o el jansenismo reseco y puritano de sus maestros, el segundo. En tiempos de Felipe II, un predicador se atrevió a enunciar que “los reyes tenían poder absoluto sobre las personas de sus vasallos y de sus bienes”. Debidamente examinada la totalitaria proporción, fue obligado a rectificar el lenguaraz predicador, tras expediente, con estas palabras: “Porque, señores, los reyes no tienen más poder sobre su vasallos del que les permite el derecho divino y humano, y no por su libre y absoluta voluntad”. Así lo certifica Antonio Pérez en sus “Relaciones”. No fue anticlerical santa Catalina de Sena, en su “Diálogo”, exaltando la divina dignidad del sacerdocio y poniendo en la picota las bajezas e inmoralidades de muchos clérigos. Ni san Bernardo, cuando en su libro “De consideratione”, escribía al Papa Eugenio III: “¿Hasta cuándo disimularás o no advertirás la murmuración de todo el mundo? ¿Hasta cuándo dormirás? ¿Hasta cuándo no vigilará tu consideración sobre tantos abusos y tanta confesión de las apelaciones? Se introducen por motivos frívolos y las más veces maliciosos. ¿No servían antes de terror de los malvados? Ahora ya no atemorizan sino a los buenos. El antídoto se convirtió en un veneno”. Ni fueron anticlericales el P. Calatayud en su libro “Juicio de sacerdotes”, ni el obispo Alvar Pelayo en su “De planctu Ecclesiae”, ni siquiera el por tantos motivos admirable Savonarola... Ni es anticlericalismo reconocer que ha habido Papas que han actuado contra los intereses y el bien común de España, como Eugenio IV contra Alfonso IV de Aragón; Calixto III, tan nepotista, Clemente VII, Paulo IV, y así otros varios... La divinidad de la Iglesia no necesita mentiras para defenderse ni las miserias humanas empañan la acción del Espíritu

Santo en materias de fe y santidad de la Esposa de Jesucristo.

El clericalismo ha tenido atribuciones muy características en los tiempos modernos. Lo que no ocurría en épocas llamadas de régimen de cristiandad. Jean Ousset nos dice: “Un Carlomagno, un Luis XIV, fueron reyes cristianos, pero no a ese solo título. O dicho de otro modo, si debían ser respetados por sus súbditos, era sólo como jefes de Estado. La consagración aureolaba su soberanía política como tal, en tanto que autoridad querida por Dios. No hacía de ellos cristianos más ejemplares que los otros, y por ese título, juzgados más dignos de mandar a todos. Todo riesgo de equívoco se encontraba así descartado. Si se equivocaba Carlomagno o san Luis, no comprometían más que a sí mismos”.

El clericalismo ha crecido cuando se han buscado y monopolizado fórmulas de partido católico único, normalmente bajo la etiqueta de democracia cristiana. También en España hemos padecido estas extralimitaciones y excesos. José Manuel de Córdoba, nada sospechoso, refiriéndose a un período reciente de nuestra historia, nos dice: “Las sustanciales diferencias políticas degeneran en una enconada división de los católicos, agravada por confusiones doctrinales en todos los sectores. El mismo *Debate*, tomando una actitud de propaganda de partido, contribuye a ello. La CEDA, en vez de crear su propio órgano diario de opinión, se sirve de éste que, desde antiguo, venía teniendo un acusado carácter de portavoz oficioso de la Acción Católica en la gran prensa nacional. Esta tesis dio lugar a graves confusiones. Muchos creyeron que se trataba de identificar la derecha cedista con una supuesta política confesional de los católicos”. Aclarar estas nebulosas — y otras posibles, con sus sucedáneos — no es anticlericalismo, por indignada que sea la protesta y no degenerare en actos injustos. Tampoco es anticlericalismo cuando los laicos se independizan de los clérigos, convertidos en propagandistas de determinados sistemas políticos o sociales, ajenos a la Revelación. “Si en la confusión actual no queremos que desaparezcan los bienes sociales y políticos más indispensables de la vida es preciso volver, a lo menos a una selección, un sentido agudo de la justa autonomía del poder de los laicos en lo temporal

y un sentido menos elevado de la autoridad de los clérigos en este mismo campo. Es preciso restablecer el poder temporal cristiano del laicado”, ha afirmado, con toda razón, Jean Ousset.

En fin, no hay que tener la piel tan fina, para etiquetar fácilmente de anticlericalismo lo que atañe a los laicos y no vulnera el depósito de la fe. Hay que delimitar jurisdicciones y la órbita sagrada en que el intervencionismo moral sea aceptable y necesario. Ni esto quiere decir que la política pueda desentenderse del Decálogo ni del magisterio auténtico de la Iglesia, atribuyendo a clericalismo lo que es fuero divino y misión evangélica. También en ese sentido podríamos acumular como anticlericalismo nefasto el de los pactos con sectas y sistemas perversos, aunque provengan de hombres de la Iglesia. Hay un clericalismo, con figura histórica y concreta inaceptable y causa de graves quebrantos para la Iglesia. Como ofensivas anticristianas con el pretexto de clericalismo. Pero hay un llamado anticlericalismo que se produce a causa de intromisiones intolerables del clero,

y que es perfectamente conciliable con la fe más ardiente e incluso la santidad. Como hay un anticlericalismo jacobino e incendiario, y otro fino e irónico.

Pablo VI acaba de decir solemnemente: “Mientras el silencio va recubriendo poco a poco los misterios fundamentales del cristianismo, vemos aparecer una tendencia a construir, partiendo de datos psicológicos y sociológicos, un cristianismo desligado de la tradición ininterrumpida que le une a la fe de los apóstoles y a exaltar una vida cristiana privada de elementos religiosos”. Cuando esto se produce y queda magistralmente reconocido, hay que sopesar mucho los datos para tirar ligeramente la piedra de anticlericalismo, que en muchos casos sólo es indignación rebotada por tantas claudicaciones, ausencias y apostasías de quienes tienen la sagrada misión de enunciar la fe y guiar al pueblo cristiano. Melchor Cano, que sabía más teología que muchos editorialistas y comentaristas frívolos, escribió: “Cuando los pastores duermen, los perros deben ladrar”.

VÍCTOR LAHOZ

Y en los profetas de Samaría observé incongruencia: Han profetizado en nombre de Baal y descarriado a mi pueblo, Israel.

Y en los profetas de Jerusalén he visto cosa horripilante: Adulteran y andan en la mentira, esfuerzan a los perversos para que ninguno se convierta de su maldad; han sido para mí todos ellos como Sodoma, y sus moradores como Gomorra.

Por tanto, así afirma Yahweh de los ejércitos acerca de los profetas: He aquí que yo les daré a comer ajeno y daréles a beber agua envenenada; porque de los profetas de Jerusalén ha partido la corrupción para todo el país.

Así afirma Yahweh de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os vaticinan, que os engañan; visiones de su imaginación os cuentan, no de la boca de Yahweh.

Jeremías, 23, 13-16